

La tercera juventud de Harold Garfinkel: una nueva invitación a la etnometodología[^]

A. Javier Izquierdo^{*}

[^] Tercera versión. Madrid, 17 de marzo de 2003. Recuento de palabras: 16.114. Una versión muy simplificada de este trabajo apareció publicada en: *Anduli. Revista Andaluza de Sociología*, 3, 2003, 47-66.

^{*} Dept. Sociología I. Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. UNED. Obispo Trejo s/n, 28040 Madrid. e-mail: jizquier@poli.uned.es

La tercera juventud de Harold Garfinkel: una nueva invitación a la etnometodología

[C]uanto menos se mire como con la boca abierta la cosa martillo, cuanto mejor se la agarre y se la use, tanto más original se vuelve el atenérselas a ella, tanto más desembozadamente se hace frente a ella como lo que es, como un útil. [...] El más agudo dirigir la vista al “aspecto”, sea éste o aquel, de las cosas, si es “no más que” un dirigir la vista al “aspecto” de éstas, no es capaz de descubrir lo “a la mano”. El simple dirigir la vista “teóricamente” a las cosas carece de la comprensión del “ser a la mano”. Pero el “andar” manipulando y usando no es ciego, tiene su peculiar forma de ver, que dirige el manipular y le da esa específica adaptación a las cosas que posee.¹

1. Introducción

Puede trazarse, a grandes rasgos, la línea genealógica de la reflexión sociológica académica sobre la cuestión del profesionalismo como eje central del modo de diferenciación compleja y organización descentralizada de las sociedades modernas. Esta línea -que incluiría también en lugar destacado modelo corporatista de integración social desarrollado por Durkheim (*De la división del trabajo social*, 1902)- tiene como hito mayor la formulación de la teoría weberiana del *profesionalismo* (*beruf*) como eslabón perdido entre la sociedad capitalista y la teología cristiana (*La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, 1912). Los escritos de Weber sobre la profesionalidad como religión secular y almacén normativo de uso común influirán luego notablemente, durante la primera mitad del siglo XX, en la formulación de una teoría del orden social de carácter explícitamente normativo (moral) en la sociología de la acción de Parsons (*Hacia una teoría general de la acción*, 1951, con Edward Shils, y *El sistema social*, 1951). También es de inspiración weberiana la fenomenología de la acción y de los mundos sociales de Alfred Schutz (*El problema de la realidad social*, 1962, y *Estudios sobre teoría social*, 1964). Del conflicto entre la teoría científica de la acción social de Parsons y los

¹ Martin Heidegger, *El ser y el tiempo* [1927], trad. castellana de J. Gaos, México DF,

trabajos de Schutz sobre la metodología investigadora implícita en la acción social ordinaria, surgirán, a principios de la década de los 1960, una serie de investigaciones concretas sobre la *ecceidad* (*haecceity*) singular del profesionalismo sociológico llevadas a cabo por Harold Garfinkel y sus varias generaciones de alumnos.

El problema con Garfinkel -además de su horripilante forma de escribir²- es que su nombre va instintivamente aparejado, en la memoria colectiva de la academia sociológica internacional, a ese cómico, inquietante oximorón académico que es la “etnometodología”. Pero aunque asociable y reiteradamente asociada, en las mentes de muchos sociólogos académicos que comenzaron su carrera profesional en la década de 1970, a una larga retahíla de “-ismos” académicos (fenomenología social, sociología de la vida cotidiana, interaccionismo, microsociología, constructivismo, postmodernismo, etc.), la etnometodología garfinkeliana, presentada inicialmente en sociedad, a principios de la década de 1960, como el estudio científico de las actividades ordinarias consideradas en tanto que actividades metódicas, reclama, cuatro décadas después, una definición inversa de aquella. Esto es, el programa de la etnometodología se ofrece hoy como un cuerpo de estudios de la práctica científica considerada en tanto que actividad de descubrimiento de los procedimientos metódicos de la vida ordinaria.

2. Enfermedades y partituras: la teoría sociológica del profesionalismo como modelo de profesionalismo sociológico

El pensar es una de las muchas actividades nobles e importantes que el hombre puede realizar, no la única. Y las “cosas” pueden estar en la vida no sólo como

Fondo de Cultura Económica, 1971 (2ªed. revisada), 82-83.

² De la “deliberada singularidad” del muy ortopédico estilo de escritura de Garfinkel - esa especie de inglés con sintaxis alemana- puede decirse, como dice George Steiner de la forma de escribir de Heidegger, que es sentida por el lector como algo “repelente o fascinante o como una mezcla de las dos cosas.” (G. Steiner, *Heidegger*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1999, 245).

“ideas claras y distintas”.³

Una reflexión original sobre la problemática filosófica y metodológica de las ciencias sociales que se piense a la vez como *sociológica* y como *empírica* muy bien podría asignarse como hilo conductor una de las más viejas y fundamentales dialécticas histórica de nuestra modernidad capitalista: la del profesionalismo y su contrario, el amateurismo⁴, que cabría operacionalizar más estrechamente, para los fines de este artículo, como la problemática separación del profesional y el aficionado a las ciencias sociales.

La radical originalidad del enfoque de Weber estriba en considerar que el “profesionalismo” es, a la vez que una categoría teológica, por tanto mística e inefable, un “fenómeno social”, esto es, no sólo un “hecho real” sino uno públicamente atestiguable y por tanto susceptible de examen empírico. En el marco del análisis weberiano es perfectamente legítimo sostener que se está en presencia de una “cuestión de fe” cuando se cita aquel más famoso de los “consejos al joven comerciante” de Benjamin Franklin -“Ten en cuenta que el *tiempo es dinero*; quien cada día podría ganar diez chelines mediante su trabajo y se pasa medio día paseando o haciendo el holgazán en su habitación, aunque sólo gaste seis peniques para sus diversiones, no puede contar sólo esto, sino que además ha gastado cinco chelines (o más bien los ha tirado a la basura)”.⁵

³ Américo Castro, *España en su historia. Cristianos, moros y judíos* [1946], Barcelona, Crítica, 1983, 586.

⁴ Una de las categorías analíticas fundamentales del discurso académico de la filosofía y la metodología del conocimiento científico-social, el concepto de *aprendizaje*, cuyos línea central de desarrollo teórico y aplicado a lo largo del siglo XX ha corrido a cargo de disciplinas de orientación marcadamente experimental como la psicología cognitiva y la psicopedagogía, puede ser examinada de un modo praxeológico sobre la base del reciente corpus de investigaciones etnográficas sobre la figura empírica del *aprendiz*. Las nociones de *aprendizaje situado* y *comunidades de práctica* han sido introducidas por los antropólogos del trabajo para dar cuenta de los detalles descriptivos del hecho social fundamental de *tener un oficio*. Véase J. Lave y E. Wenger, *Situated Learning. Legitimate Peripheral Participation*, Cambridge, UK, Cambridge University Press, 1991.

⁵ B. Franklin, *Advice to a young tradesman* (1748), citado en M. Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* [1905], Madrid, Istmo, 1998, 106. O, para el caso, alguno de los mandamientos del penúltimo “nuevo catecismo” de la gestión empresarial de la vida que, como les sucediera a los contemporáneos de Franklin,

La integración de lo que la literatura investigadora posterior daría en llamar el nivel micro (la *beruf* weberiana) y el nivel macro (el “corporatismo” durkheimiano) de la sociología de las profesiones, fue llevada a cabo por el sociólogo estadounidense Talcott Parsons en la década de 1940 en la forma de una teoría *normativa* de la estructura social a diferentes niveles de análisis o, lo que es lo mismo, del carácter *sistemático* que se postula como “propio de los fenómenos de orden social”. Como ha apuntado su propio autor, uno de los rasgos distintivos de esta variedad de teoría sociológica es el de haber surgido originalmente como un intento “formular teóricamente la cuestión de las profesiones”:

“[P]uede observarse una cierta unidad y continuidad de intereses intelectuales y desarrollo teórico en el período que va del término de *La Estructura de la Acción* a los dos grandes libros publicados en 1951: *Hacia una Teoría General de la Acción*, colaboración coeditada con Edward Shils y *El sistema social*. El hilo conductor ha sido el llamado esquema de la “pautas variables”. Este esquema se originó como un intento de formular teóricamente la cuestión de las profesiones. Dado que esto no era posible en términos de la dicotomía entre capitalismo y socialismo, retorné a la famosa distinción entre Comunidad y Sociedad, tipos de organización social, establecida por Toennies y empleada por Weber. El problema del interés propio fue el punto de partida porque planteaba la alternativa más cercana al interés público total en sentido socialista. La orientación profesional era, como consideraba inicialmente, “desinteresada” (luego la expresé como colectivamente orientada) en el sentido en que un médico dice estar preocupado ante todo por el interés del paciente. Este criterio ponía las profesiones del lado de la categoría de Comunidad.”⁶

parecerán tan “sabios” para el “creyente” como “cómicos” para el “agnóstico” de la Religión del Capitalismo-Red: “En cada contacto de *network* debe tener presente cuáles son los datos que todavía le faltan acerca de dicha persona para completar su archivo de direcciones. Intente siempre conseguir esta información a través de una conversación. No se deje llevar por el perfeccionismo de obtener un archivo de direcciones sin vacíos, sino que tenga siempre presente la empatía hacia el otro.” (U. Scheler, *Networkig como factor de éxito. Establezca los contactos adecuados, cuídelos y obtenga beneficio de ello*, Barcelona, Gestión 2000.com, 2002, 56).

⁶ T. Parsons, *Autobiografía intelectual: elaboración de una teoría del sistema social*, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 1978, 35. De hecho, y a pesar del presumible lastre de su explícita vocación “funcionalista”, la centralidad concedida por Parsons al “sistema” de las profesiones dentro de su modelo teórico de las “pautas variables de comportamiento”, daría con posterioridad origen a la corriente empirista de sociología “crítica” de la educación y las profesiones que haría del “credencialismo”, esto es, del desfase entre certificación oficial y cualificación real, o según otra terminología, entre el “título” y el “puesto”, el centro categorial de su concepción de la profesionalidad en tanto que fenómeno sociológico. Para un enfoque neo-weberiano de estos temas véase

En otro lugar de su autobiografía intelectual publicada en 1970 en la revista *Deadalus*, Parsons desvela que, contra la versión generalizada que de él se suele presentar -el típico “teórico” encerrado en su torre de marfil que nunca se dignó mancharse las manos en la cocina de la investigación empírica- dedicó muchos años, a lo largo de diferentes etapas de su carrera, a la realización de un vasto trabajo de investigación, que quedaría básicamente inédito a su muerte, dedicado a explorar la intersección del dominio de la acción social (la “interacción médico-paciente”) y el dominio de la integración sistémica (el “progreso de la ciencia experimental”) en el seno de la práctica profesional de la medicina. Más aun, Parsons revela que su permanente interés, a la vez profesional y mundano, por la organización y el funcionamiento de la profesión médica fue el principal motor intelectual del su proyecto, bien conocido, de renovación de la teoría sociológica clásica.

“El componente científico de la medicina, que consiste en el carácter universal del conocimiento aplicado a los problemas de la enfermedad, correspondía a un complejo de rasgos de la moderna sociedad que Toennies y sus numerosos seguidores habrían clasificado seguramente como Sociedad. Debía inferirse obviamente que la dicotomía de Toennies no podía tratarse meramente como variación de una sola variable, sino como resultante de una pluralidad de variables independientes; y si lo eran, entonces habría una familia más compleja de tipos, no dos. Señalé que el tipo profesional pertenecía a esta familia, pero no como Sociedad o Comunidad. Más importante que el problema del interés propio era relacionar en el mismo esquema analítico las características universales de la racionalidad cognoscitiva con la naturaleza de la emoción o afecto no racional. Reuní entonces en un solo sistema las variables dicotómicas: “afectividad contra neutralidad afectiva” y “universalismo contra particularismo”.⁷

Parsons atribuye aquí al “conocimiento aplicado de carácter universal”, esto es, al “componente científico” del trabajo profesional objeto de estudio, la capacidad de distinguir de manera “juiciosa” un trabajo “competente”, llevado a cabo por un “buen profesional”, de una labor “incompetente” -que sería propia de un “aficionado” o bien de un “chapuzas”. Dicho de otro modo: si se considera que los juicios sobre la “validez” de un desempeño laboral dado son

J-C. Passeron, “La inflación de los títulos escolares en el mercado de trabajo y el mercado de los bienes simbólicos”, *Educación y Sociedad*, 1983, 1, 5-27.

⁷ Parsons, *Autobiografía intelectual*, op. cit., 35-36.

competencia única y exclusiva de los órganos profesionales competentes sobre el mismo, esto es, desde el punto de vista sociológico, se los considera “hechos internos” a la profesión objeto de estudio, entonces sólo está justificado un análisis sociológico de la profesionalidad en términos de sus “medios” y nunca de sus “fines”, a los que siempre se considera “dados de antemano”. Es en este punto donde la distancia respecto de la concepción original de Weber es máxima. Y no solamente porque para el sociólogo alemán el investigador de las profesiones pudiera valerse -de hecho *tuviera que valerse*- de términos propios de la jerga religiosa, como “vocación” o “fe”, para evaluar un desempeño laboral al que, como miembro de una profesión distinta, le es, por definición, imposible acceder plenamente, vgr. prácticamente (“No sé hacerlo”). Desde un punto de vista más profundo -que no encontrará eco en Parsons ni en la literatura posterior sobre “sociología de las profesiones”- el auténtico “drama”, según Weber, del análisis del profesionalismo en tanto que fenómeno sociológico, es que, para ser considerado “digno de atención”, ha de atenerse a los mismos criterios profesionales, esto es, *morales* al uso en las profesiones establecidas a las que estudia. En particular, y puesto que el sociólogo forma parte él mismo de una de esas profesiones que se asientan sobre la aplicación para fines de utilidad social de cuerpos de conocimiento científico, para ser considerado “profesional” su trabajo ha de estar basado en la elusión sistemática de la fundamental pregunta previa sobre la *finalidad* de su labor -“si debemos y en el fondo queremos dominar técnicamente la vida”. Weber elige también aquí el ejemplo de la medicina como la profesión en la cual los dilemas morales que plantean las capacidades tecnocientíficas de “dominio del hombre por el hombre”, se viven de una forma evidentemente más “dramática” -como cuestiones de vida o muerte.

“Pensemos ahora, por ejemplo, en una ciencia tan altamente desarrollada desde el punto de vista científico como es la Medicina moderna. El “presupuesto” general de la tarea médica es, expresado en sus términos más simples, el de que hay que conservar la vida como tal y hay que disminuir cuanto se pueda el sufrimiento. Se trata de un supuesto muy problemático. El médico, gracias a sus recursos, mantiene vivo al enfermo incurable aunque éste le suplique que lo libere de la vida, aunque los parientes, para quienes esa vida carece ya de valor, que quieren verla liberada del dolor o que no puedan soportar los costos que implica el mantenerla (puede tratarse, por ejemplo, de un loco paupérrimo), estén deseando consciente o inconscientemente, y no sin razón, la muerte del enfermo. Sólo el Código Penal y

los supuestos sobre los que la Medicina se asienta impiden que el médico se aparte de esta línea de conducta. La Medicina no se pregunta si la vida es digna de ser vivida o cuándo lo deja de ser. Todas las ciencias de la naturaleza responden a la pregunta de qué debemos hacer *si* queremos dominar *técnicamente* la vida. Las cuestiones previas de si debemos y, en el fondo, queremos conseguir este dominio y si tal dominio tiene verdaderamente sentido son dejadas de lado o, simplemente, son respondidas afirmativamente de antemano.”⁸

Tal como Parsons veía este mismo problema, en cambio, la sociología de la educación y la sociología del trabajo son los únicos recursos legítimos y por tanto imprescindibles a la hora de especificar los fundamentos sociales e intelectuales de una profesión cualquiera. Incluida la profesión de científico social o sociólogo a secas. Como se verá más abajo cuando se examine el programa de estudios híbridos del trabajo de los etnometodólogos, la vía investigadora paralela abierta por Parsons puede demostrarse una trayectoria fructífera de retorno a las preocupaciones morales y vitales originales del tratamiento weberiano del profesionalismo. El problema ha sido que, a despecho de las recomendaciones originales de Parsons, las distintas sociologías pretendidamente empiristas que afirman haber “consolidado”, “renovado” o bien “demolido” el programa sociológico de éste, nunca se han preocupado en realidad de proporcionarnos información de primera mano sobre en qué consista, en la práctica, el trabajo de tal o cual profesional en tanto que “cosa social” durkheimiana producida *in vivo* e *in situ* (vid. *infra*).

Sea el caso de la profesión sociológica misma: ¿cómo es que sabemos tan poco de cómo transcurre la jornada laboral de, pongamos, un sociólogo que ejerce como docente e investigador en una universidad?⁹ ¿Será, como

⁸ M. Weber, “La ciencia como vocación” [1919], en Weber, *El político y el científico*, Madrid, Alianza, 1998, 181-233, 210-211.

⁹ En el filme *La sociologie est un sport de combat* (2001), un documental dirigido por el cineasta francés Pierre Carles y centrado en la figura del sociólogo francés Pierre Bourdieu, hay una secuencia, grabada con una cámara de vídeo portátil durante el transcurso de un seminario de investigación en la Maison des Sciences de l’Homme, en la que Bourdieu y un grupo de investigadores del Centro de Sociología Europea discuten sobre las diversas posibilidades de uso teórico-político de una lista de indicadores sociales publicada por un diario parisino bajo el rótulo de “índice de penetración del neo-liberalismo”, que *enseña* -en el doble sentido de *mostrar* e *instruir*- al espectador el “qué” y el “cómo” del trabajo del sociólogo de un modo *natural* y *evidentemente explicativo* (el espectador, literalmente, “ve y oye” trabajar a los sociólogos). Es este modo de explicación ostensiva, como señalan M. Lynch y D.

sostenía el propio Weber, porque las “competencias” o “cualificaciones” que verdaderamente exhibe un desempeño competente del oficio de sociólogo no pueden “enseñarse” en establecimiento educativo alguno y sólo pueden “aprenderse” como parte de lo que Wittgenstein llamaría indistintamente un “juego de lenguaje” o una “forma de vida” que se despliega más acá y más allá de la etapa de formación universitaria? Y sin embargo no debería ser éste el caso, o al menos *podría* no serlo de un modo tan extremo como podría quererlo una lectura en clave “romántica” de la aseveración de Weber, si se toma en serio el hecho de que la legión de docentes universitarios cuenta entre sus filas con una sobrerrepresentación de personas *singularmente capacitadas* para “hacer vivir” a terceros legos *su* -de ellos- propia experiencia de trabajo de investigación social.

¿Será entonces porque para el oficio de investigador social no existe un mercado de trabajo relevante? Tampoco parece ser el caso pues desde el policía municipal hasta el ingeniero aeronáutico todo profesional que se precie dice conocer “nociones científicas básicas” sobre la naturaleza social de los individuos y aplicarlas en su *trabajo concreto*, bien se trate de la “mera” aplicación del código de la circulación “a personas de carne y hueso” bien del sofisticado diseño informático de cabinas espaciales para... ¿qué otra cosa sino “personas de carne y hueso”?

A este respecto, la obra del sociólogo austriaco-estadounidense Alfred Schtuz, que puede ser considerado en cierto modo el opuesto metodológico de la de Parsons (a la que tanto se parece en otras cosas, por ejemplo, en el énfasis sobre los usos de la imaginación como métodos de investigación teórica), ha apuntado la existencia de vías de escape a los callejones sin salida en los que se mete la sociología de las profesiones de la peor estirpe weberiano-parsoniana -esto es, la menos fiel a las aportaciones fundamentales

Bogen (“Sociology’s Asociological “Core”: An Examination of Textbook Sociology in Light of the Sociology of Scientific Knowledge”, *American Sociological Review*, 1997, 62, 481-493) el que precisamente brilla por su ausencia en los manuales de metodología de la investigación social al uso, y muy especialmente en los sofisticados manuales de “instrucción al aprendiz de sociólogo” producidos en el seno de los seminarios de investigación del Centro de Sociología Europea, como los conocidos volúmenes de P. Bourdieu, J-C. Chamboredon y J-C. Passeron *El oficio de sociólogo* [1968] (México DF, Fondo de Cultural Económica, 1976) y P. Champagne, R. Lenoir, D. Merllié y L.

de aquellos a quienes alegremente llama “precursores”, o bien “rivales”- cuando aplica sus “teorías” al estudio de la propia profesión sociológica.¹⁰

Allí donde Parsons y, en menor medida, Weber recurrían de forma dominante a las gramáticas conceptuales “claras y distintas” salpicadas aquí y allá de “ejemplos ilustrativos”, Schutz, mejor adaptado al medio original de la sociología weberiana, prefiere imbricar, como parte importante (si no la parte principal) de un amplio conjunto de sistemas de orden categorial “de rango medio” y no menos claros y distintos que los especificados por Parsons, descripciones imaginadas de las más variadas y pintorescas actividades humanas, que el lector mundano juzga las más de las veces increíblemente precisas en la densidad de sus (imaginarios) detalles. Uno de los trabajos más logrados en este sentido es un trabajo prefatorio de aproximación al análisis sociológico de la práctica musical, publicado originalmente en 1951 con el título de “La ejecución musical conjunta”.¹¹

Tras exponer las líneas generales del estudio post- durkheimiano de Maurice Halbwachs (1939) sobre el papel indispensable de la memoria colectiva como único almacén posible del recuerdo musical *individual*, Schutz se ofrece a refutar sus dos puntos principales: las tesis solidarias de que (a) la música es un hecho social radicalmente distinto según como lo experimente el músico culto y tal como lo haga el lego; y (b) que el sistema de notación musical es el elemento que verdaderamente distingue a la música de otros sistemas humanos de comunicación. Para ello comienza sosteniendo en primer lugar que “todo tipo de actividad mental efectuada en la fantasía puede ser perfectamente significativo y susceptible de ser reproducido mentalmente en la soledad de la conciencia individual.”¹² Si se acepta esto, sería aceptable

Pinto, *Iniciación a la práctica sociológica* [1989] (Madrid, Siglo XXI, 1993).

¹⁰ Véase por ejemplo P. Bourdieu, “On the possibility of a Field of World Sociology”, en P. Bourdieu y J. Coleman (eds.), *Social Theory for a Changing Society*, Boulder, CO, Westview Press, 1991, 373-387.

¹¹ A. Schutz, “La ejecución musical conjunta. Estudio sobre las relaciones sociales” [1951], en Schutz, *Estudios sobre teoría social*, Buenos Aires, Amorrortu, 1974, 153-170.

¹² Como prueba más que circunstancial en favor de esta petición de principio referirá luego a la frase que se atribuye al compositor Johannes Brahms: “Si quiero escuchar una bella ejecución de *Don Giovanni*, enciendo un buen cigarro y me arrellano en mi sofá.” (id., 166 n. 24).

también, contra Halbwachs, que el procedimiento de la notación musical nada tenga que ver “con las particularidades de la comunicación musical como tal”, pues la de la notación es, *ni más ni menos*, “una cuestión más o menos técnica.” Para mostrar que es posible comunicar instrucciones precisas sobre el modo como ha de ser reproducida una obra musical sin necesidad de recurrir al discutible presupuesto semántico que yace bajo la atribución a la *partitura documental* de una suerte de prioridad comunicativo-cognitiva, Schutz, cita una genial ocurrencia praxeológica referida por el musicólogo Donald Francis Tovey:

“Nada impide producir música de manera individual y directa, en términos de la púa [aguja] fonográfica. Es decir que el compositor, liberado de la técnica de los instrumentos, prescribirá todos los timbres producibles en los tonos y ritmos que desee obtener, sin colaborar directamente con el artesano que modela las líneas de ondas fonográficas [los microsurcos], como tampoco lo hace el violinista con Stradivarius.”¹³

No es difícil comprender el fenómeno práctico imaginado por Tovey: la posibilidad de usar el combinado de la aguja del gramófono o del tocadiscos y los microsurcos del disco al modo de instrumento musical microscópico. Al imaginar la posibilidad, absolutamente real y practicable, de definir y emplear la aguja de lectura del tocadiscos como lo que realmente es -un reproductor analógico, esto es, un instrumento musical en toda regla- lo que se descubre es la posibilidad de revertir la teoría semántico-representacional de la música como sistema de signos. Al ser “tocada”, esto es, “interpretada” con libertad creativa con la aguja -o con los dedos como hacen los “pinchadiscos” (*disc-jockeys* o simplemente DJs) en la técnica conocida como “scratching”- la música digital o numérica, codificada en los microsurcos esculpidos sobre el vinilo, revela la faz “prelingüística” (o “precontractual”, que diría Durkheim) de la comunicación musical:

“En consecuencia, la notación musical no es sino uno entre varios medios para comunicar el pensamiento musical, pero de ningún modo equivale al lenguaje musical. [...] El signo musical no es más que una *instrucción* dirigida al ejecutante para que produzca, mediante su voz o su instrumento, un sonido de determinado

¹³ Tovey, “Music”, en *Encyclopaedia Britannica*, citado en Schutz, id., 158.

tono y duración... [Pero los elementos del material tonal] pueden ser prescriptos de manera sólo aproximada, dejándose al ejecutante la manera de obtener el efecto indicado.”¹⁴

Llegado a este punto, nuevamente, el sociólogo vuelve a delegar el trabajo descriptivo, fundamental para el buen sentido de su exposición analítica, en manos de “expertos” en la materia, como el compositor y crítico británico Virgil Thompson y el director de orquesta Wilhelm Furtwängler:

“Las indicaciones específicas del compositor no siempre son en sí mismas una parte de su creación original, sino más bien el mensaje que un músico envía a otro acerca de ellas, una sugerencia sobre cómo asegurar en la ejecución una transmisión convincente del contenido sensible de la obra sin destruir su comunidad emocional e intelectual.”¹⁵

“[El texto del compositor] no puede indicar nada en cuanto al volumen que realmente desea de un *forte*, ni a la velocidad realmente deseada de un *tempo*, pues todo *forte* y todo *tempo* deben ser modificados en la práctica de acuerdo con el lugar de la ejecución, así como el ambiente y el vigor del grupo ejecutante... por consiguiente un *fortissimo* significa para el fagot algo muy distinto que para el trombón.”¹⁶

Las apreciaciones de detalle de quienes viven *en* y *de* esa experiencia compartida única que es la interpretación musical, experiencia que para el analista sociológico es simplemente -y no es poco- un “tema” de estudio, *no* le proporcionan a éste un conjunto de datos a interpretar: al menos Schutz las expone en éste caso sin doblez ni ironía como la expresión teórico-social más ajustada de aquella específica “cosa social” a cuya realidad los conceptos sociológicos, *exactamente igual que la partitura del compositor*, no pueden sino -ni pueden cesar de- “aludir vagamente”. Si damos por buena esta comunión de intereses entre el musicólogo y el sociólogo, será también lícito ahora, finalmente, darle la vuelta, como si dijéramos a esta tortilla argumental y atrevemos a leer las frases que Schutz dice a continuación sobre la relación *histórica* entre el lenguaje de la práctica musical y la práctica de la ejecución musical en que ese lenguaje consiste, como una definición bastante precisa,

¹⁴ A. Schutz, “La ejecución musical conjunta”, op. cit., 159.

¹⁵ Thompson, *The Art of Judging Music*, Nueva York, 1948, citado en Schutz, id. 159.

¹⁶ Furtwängler, “Interpretation: eine musikalische Schicksalfrage”, en *Das Atlantisbuch der Musik*, Zurich, 1934, citado en Schutz, id. 159.

aunque no del todo exacta, del “modo de existencia actual” de nuestro objeto de estudio aquí -la relación singularmente *única* que vincula la(s) gramática(s) de la(s) ciencia(s) social(es) con la(s) práctica(s) social(es) de su ejecución .

“Es inevitable... que toda notación musical sea vaga y esté sujeta a múltiples interpretaciones; corresponde al lector o ejecutante descifrar las sugerencias de la partitura y definir las aproximaciones. Estos límites varían mucho en el curso del desarrollo histórico de la cultura musical. Cuanto más nos acercamos al presente en el estudio de la historia de la música, tanto menor es el nivel de la cultura musical de ejecutantes y oyentes, y tanto más fuerte la tendencia del compositor a hacer su sistema de notación tan exacto y preciso como sea posible, esto es, a limitar cada vez más la libertad de interpretación del ejecutante.”¹⁷

Vayamos por partes: si bien es aceptable la hipótesis de Schutz para el caso de la minusvalía de la “cultura musical” de los oyentes naturales de la llamada “música culta”, no vale lo mismo para el caso que nos interesa en lo que sigue: hablar de que la “cultura” o el conocimiento de la “vida social” por parte de sus participantes actuales ha “disminuido” con respecto a los vivos (niños, farmacéuticos, prostitutas o actuarios de seguros) de épocas pasadas, es, como poco, una generalidad vacía. (Y aun si la afirmación estuviese referida al “conocimiento de su historia”, sería muy discutible -al menos tanto como la forma de la función estadística que habría que arbitrar para calcular “el promedio de ilustración histórica de cada época”: ¿siglo?, ¿década?, ¿generación?).

Dicho lo cual sí me parece que la siguiente afirmación es robusta: la práctica de las ciencias sociales -incluidas las prácticas de su transmisión educativa- parte de una aceptación tácita de supuestos tan discutibles como estos dos y este hecho es ampliamente observable *en sus consecuencias*. Esto es, a su vez, en el hecho de que “la libertad de interpretación del ejecutante” este cada vez más “limitada” por la creciente “tendencia del compositor a hacer su sistema de notación tan exacto y preciso como sea posible”. Referida pongamos que al sociólogo, esta “tendencia” es constatable, o más exactamente legible, en la escritura de la gran mayoría de artículos, monografías y libros de texto de ciencias sociales, llevada a cabo en cumplimiento del estándar comunicativo (el mítico “argumento claro y distinto”)

imperante *de facto* en esta demencial especie de género literario. La materialidad concreta del orden social no es nunca “clara” ni “distinta” pero no por ello dejamos de considerar que, a su modo, el (des)orden es un fenómeno “ordenado”. ¿Acaso nos vienen a la mente tales palabras -“claro y distinto”- para calificar una “cosa social” como “el tema principal del segundo movimiento de la Sonata para piano en Re menor, opus 31 nº 2, de Beethoven” del que Schutz dice, *en el contexto de su análisis sociológico del mismo*, que “dura tanto -o sea, un minuto- como el último movimiento de la misma sonata” (id. 164)? ¿Es “claro y distinto” este otro hecho social: “la caída en picado del valor numérico del índice Standard and Poor 500 iniciada el día 19 de octubre de 1987 a las 9:30h. de la mañana hora de Nueva York”? ¿Lo es este otro hecho: “el trabajo de despertar-a-despertar-se que llevan a cabo de forma conjunta los actores, los ganchos y las víctimas de una broma de cámara oculta durante su secuencia de revelación final”? ¿Qué decir de éste: “el trabajo arbitral llevado a cabo por el Colegiado Sr. Pajares Paz para colocar la barrera de jugadores del Club Deportivo de La Coruña a la distancia reglamentaria para que el equipo contrario realice un tiro libre”?¹⁸

“Estamos tan imbuidos de “lógica” que todo lo que va en contra de la habitual somnolencia del opinar pasa a ser considerado en el acto como una oposición que debe ser rechazada. Se desecha todo lo que se sale fuera del conocido y querido elemento positivo arrojándolo a la fosa previamente preparada de la mera negación, que lo niega todo, acabando en la nada y consumando de este modo el nihilismo. Siguiendo esta vía lógica se deja que todo acabe hundiéndose en un nihilismo inventado con ayuda de la lógica... En este modo de proceder se esconde la negativa a exponer a la reflexión eso que se presupone “positivo”, junto con la posición y la oposición, en la que éste se cree a salvo. Con esa permanente invocación a la lógica se despierta la impresión de una total entrega al pensar, cuando precisamente se está abjurando de él.”¹⁹

¹⁷ Id., 159.

¹⁸ Véanse respectivamente A.J. Izquierdo, “La ingeniería financiera y el accidente provocado: el crash bursátil de 1987 y la controversia de los seguros de cartera”, trabajo inédito, UNED, Madrid, 2001; “Despertadores humorísticos: sobre algunos usos instructivos de las descripciones sociológicas de las secuencias de revelación de las bromas de cámara oculta”, trabajo inédito, UNED, Madrid, 2003; y “Árbitros de fútbol: ¿un *c. elegans* para la metodología de las ciencias sociales”, trabajo inédito, UNED, Madrid, 2003.

3. Estudios híbridos del trabajo

La cuestión de qué sería una explicación y qué aspecto tendría viene a ser una pura aventura. Uno construye algo e intenta ver, '¿Se parece a lo que quiero que se parezca?' Y construyes formas de decidir si se parece o no, y si sigues o paras. Eso puede parecer terriblemente subjetivo. Pero sólo lo es históricamente, en el sentido de que si se llega a tener una profesión en marcha, entonces el tener la profesión en marcha lo implica, es decir, tiende a definir qué es 'la objetividad' para sí misma.²⁰

Al objeto de recordar que, además de una actividad profesional especializada, la investigación social es también una actividad “ordinaria”, esto es, una característica endógena o propia de los diferentes campos / objetos de estudio definidos por la ciencia social, nada resulta tan útil como la llamada *etnometodología*, una línea de investigación radicalmente “radical” sobre los procedimientos rutinarios de comunicación verbal (métodos conversacionales) y escrita (métodos documentales) que substancian el conocimiento de sentido común de las estructuras sociales de la vida cotidiana. El programa de este cuerpo de investigaciones fue esbozado inicialmente por el sociólogo estadounidense Harold Garfinkel en una serie de trabajos publicados entre fines de la década de 1950 y principios de los 60, cuyas fuentes originales de inspiración teórica (leasé también: legitimación académica) -principalmente, la fenomenológica social de Alfred Schutz y el pragmatismo lingüístico del segundo Wittgenstein- se renovaron años más tarde con el añadido de una extraña mixtura de “cosas sociales” durkheimianas entendidas, a la manera heideggerianas, como “cosas” a secas (véase más abajo).

Es bien sabido que la ejecución de gestos ordinarios como “mirarse a los ojos”, “dirigirse a alguien” o “dar la espalda a alguien”, está tan absoluta y radicalmente “chupada” para cualquier persona en posesión de capacidades físicas normales, que lo normal es que, en circunstancias normales, ninguna persona normal se moleste en preguntarse cómo es posible que sea capaz de llevarlas a cabo con éxito. Esta es la razón por la que el programa de estudios etnometodológicos sobre el discurso y la acción práctica tenga como una de

¹⁹ M. Heidegger, *Carta sobre el humanismo* [1947], Madrid, Alianza, 2000, 65.

²⁰ Harvey Sacks, “Sobre muestreo y subjetividad” [1971], en F. Díaz (comp.), *Sociologías de la situación*, Madrid, La Piqueta, 2000, 85-94, 93.

sus recomendaciones investigadoras más originales lo que Garfinkel denomina “usos heideggerianos” de las discapacidades. A saber: desde el punto de vista de la investigación etnometodológica, discapacidades físicas de grados de severidad variable, como distintos tipos de ceguera, sordera, o parálisis, tienen la virtud de funcionar como un “entorno transparente” (*perspicuous setting*) para la observación minuciosa de la vida social, esto es, como un instrumento con el que poder dar cuenta, con una precisión analítica lejos del alcance de sistema experto informático alguno, de la infinita densidad de detalles constitutivos de la vida ordinaria.²¹

Vaya aquí, como botón de muestra inicial del tenor “literario” de estas investigaciones, un extracto del estudio modélico de Albert Robillard, uno de los alumnos de Garfinkel, sobre las minucias de la vida cotidiana, resaltadas a la luz de una enfermedad altamente incapacitante. Robillard, que ejerce como profesor universitario e investigador en un departamento de sociología de una universidad americana, padece una enfermedad degenerativa (Esclerosis Lateral Amiotrófica) que le ha paralizado prácticamente todos los músculos de su cuerpo, hasta el punto de que sólo puede comunicarse mediante un sistema de signos ejecutado con leves movimientos de los músculos labiales. En el párrafo que reproduzco a continuación describe cómo se las arregla para realizar una operación ínfima, característica de la vida diaria en un campus universitario, como es “intentar entablar una conversación con una persona conocida, un colega o un alumno”.

“Cuando quiero hablar con alguien se precisa la implicación de un mínimo de tres personas. En primer lugar, la persona que empuja mi silla de ruedas. En segundo lugar, la persona o personas con las que quiero interactuar. Y finalmente, yo mismo, sentado en mi silla de ruedas, sin capacidad alguna de movimiento excepto un ligero balanceo de cabeza. Surgen siempre un montón de obstáculos cuando yo u otros queremos hablar. [...] Los tres implicados en la tarea -el que empuja mi silla, el sujeto a quien me dirijo y yo mismo- debemos ejecutar y reconocer, y por tanto preparar, una serie de signos mutuamente interpretables que informan de que deseo establecer una conversación. Algunas personas pueden leer mis ambiguos signos de salutación y petición. Se trata por lo general de estudiantes y becarios, o bien de miembros de mi familia, que han sido entrenados para leer en los

²¹ Véase H. Garfinkel, “Sight impairment as a perspicuous setting”, en Garfinkel, *Ethnomethodology's Program. Working Out Durkheim's Aphorism*, Lanham, Maryland, Rowman and Littlefield, 2002, 212-216.

movimientos periféricos de mis labios un lenguaje de signos *ad hoc* y que pueden comprender los cambios en mi postura y mirada. [Pero] lo que ocurre con más frecuencia es que algún tercero que se halle casualmente frente a mí, y sea por tanto capaz de leer en mi cara y en mi mirada, le diga a la persona a la que quiero dirigirme y a la persona que empuja mi silla de ruedas que quiero hablar. Por lo general, el que me empuja, al estar detrás de mí, concentrado en las contingencias de la tarea de empujar una silla de ruedas con un centro de gravedad un tanto alto, es el último en enterarse de que quiero hablar.”²²

Si tratásemos de saber qué sea la etnometodología desde el punto de vista hipotético de su “naturaleza disciplinar”, podría afirmarse que, en tanto que disciplina, la etnometodología sigue esgrimiendo, en el marco de la auténtica “conversación de besugos” que mantiene desde hace ya más de tres décadas con la teoría sociológica y los estudios culturales, el tan estudiadamente impertinente aunque ya no tan odioso “silencio interminable” que mantuviera en su momento el sociólogo Harvey Sacks -alumno y colaborador de Garfinkel que inició el análisis etnometodológico de los procedimientos conversacionales ordinarios- ante la pregunta del millón en el juego de la sociología académica: “¿Quién es el *teórico social* que más ha influido en su obra?”²³

Y sin embargo el diálogo *in situ* e *in vivo* entre los etnometodólogos y los profesionales de la ciencia social de cualquier genero no ha dejado de intensificarse durante los últimos dos decenios. Desde equipos de astrónomos que charlan sobre los posibles *artefactos* y los posibles *descubrimientos* que

²² A. Robillard, *Meaning of a Disability. The Living Experience of Disease*, Philadelphia, Penn, Temple University Press, 1999, 87-89. Véase también D. Goode, *A World Without Words. The Social Construction of Children Born Deaf and Blind*, Philadelphia, Temple University Press, 1994.

²³ “Durante un coloquio celebrado en el verano de 1975 [en la Universidad de Boston], Harvey Sacks presentó una ponencia sobre la organización de una clase de secuencia conversacional de pregunta-respuesta. Tras su exposición, un caballero del público se levantó y le formuló una pregunta que decía más o menos así: “Si le pusiera una pistola en la cabeza y le preguntase el nombre del teórico que ha influenciado en mayor medida su trabajo ¿a quién mencionaría?” Sacks estaba fumando un cigarrillo (en aquel tiempo estaba permitido). Hizo una pausa. Con la cabeza mirando hacia abajo, y el cigarrillo colgando de la endadura del cenicero, sostuvo la pausa mientras sacudía periódicamente las cenizas del cigarrillo. La pausa debió durar como un minuto o dos. Recuerdo que pareció un silencio interminable... Finalmente, Sacks levantó la vista y con voz callada declinó contestar la pregunta.” (M. Lynch, “Silence in Context: Ethnomethodology and Social Theory”, *Human Studies*, 1999, 22, 211-233, 211).

podrían haber en las “observaciones de la otra noche”²⁴, a controladores aéreos que desplazan nerviosamente su mirada de la pantalla de video a la ventana “del ordenador” para acabar mirando por la ventana “de la pared izquierda”²⁵; amas de casa que resuelven las más difíciles ecuaciones simultáneas no lineales mientras conducen el carrito de la compra a través de los pasillos del supermercado y miran los estantes repletos de productos y marcas diferentes²⁶, psicólogos escolares pertrechados tras la jerga tecnológica de los tests de inteligencia para hacer frente a las interrupciones de los demás miembros de un comité sobre discapacidades escolares²⁷, oceanógrafos, geoquímicos y marineros trabajando en colaboración a través de pantallas informáticas y altavoces de sonido para desplazar un complejo y carísimo instrumental de sondeo submarino hacia áreas de muestreo “interesantes”²⁸; o, en fin, encuestadores telefónicos distribuyendo en paralelo estrechas franjas de atención y memoria entre los destellos de la pantalla, el tacto del teclado, el sonido de la voz del encuestado y el “tacto” requerido por la situación de encuesta telefónica (por ejemplo, para responder cortésmente a la carcajada del entrevistado sin dar por ello pie a que la entrevista se convierta en una conversación informal).²⁹

²⁴ Cf. H. Garfinkel, M. Lynch y E. Livingston, “The Work of a Discovering Science Construed with Materials from the Optically Discovered Pulsar”, *Philosophy of the Social Sciences*, 1981, 11, 131-58.

²⁵ Cf. L. Suchman, “Dispositifs de représentation: des lézards aux avions”, en P. Ladrière, P. Pharo y L. Quéré (dir.) *La théorie de l’action. Le sujet pratique en débat*, París, CNRS Editions, 1993, 318-340.

²⁶ “Sólo hay tres o cuatro (manzanas) en casa, y tengo cuatro hijos; eso serán al menos dos por cabeza en los próximos tres días. Éste es el tipo de cosas que tengo que reponer. Sólo dispongo de un cierto espacio en la nevera, por lo que no puedo llenarla completamente... Ahora que estoy en casa durante el verano, son buenas para comer entre horas. Y me apetece una manzana de vez en cuando al llegar a casa a la hora de comer.” (M. Murtaugh, “The practice of arithmetic by American grocery shoppers”, *Anthropology and Education Quarterly*, 1985, 16(3), 186-192, 188, citado en J. Lave, *La cognición en la práctica*, Barcelona, Paidós, 1991, 18).

²⁷ H. Mehan, “Un estudio de caso en la política de la representación”, en J. Lave y S. Chaiklin, *Estudiar la práctica*, Buenos Aires, Amorrortu, 2001, 262-290.

²⁸ C. Goodwin, “Seeing in Depth”, *Social Studies of Science*, 1995, 25(2), 237-274.

²⁹ D. Lavin y D. W. Maynard, “Standardization vs. Rapport: Respondent Laughter and Interviewer Reaction During Telephone Surveys”, *American Sociological Review*, 2001, junio, 453-479 (versión revisada en D.W. Maynard, H. Houtkoop-Steenstra, N. Schaeffer y J. van der Zouwen (eds.), *Standardization and Tacit Knowledge: Interaction and Practice in the Survey Interview*, Nueva York, Wiley, 2002, 335-364).

Pero no fue hasta principios de la década de 1980 cuando, prácticamente agotados los últimos ecos de aquel “verano del amor” californiano en el que la etnometodología llegó a encarnar para algunos la perfecta forma de “ciencia social para hippies” (“peculiar forma californiana de irracionalidad sesentera” como la denominó el antropólogo inglés Ernest Gellner³⁰), Garfinkel comenzó a exponer en público los hallazgos preliminares del “segundo momento” de su programa etnometodológico bajo la etiqueta de *estudios etnometodológicos del trabajo*.³¹

“[El] objetivo [de los estudios etnometodológicos sobre el trabajo] es describir en detalle las prácticas sociales naturalmente organizadas que, al igual que las observaciones de las ciencias naturales, pueden reproducirse, contrastarse y valorarse, y que constituyen la base de estudios y conjeturas de tipo naturalista. Su carácter revolucionario estriba en el hecho de que antes de que Garfinkel formulara el problema nadie se había propuesto describir en profundidad los rasgos constitutivos de las actividades laborales ordinarias.”³²

“[Los estudios etnometodológicos del trabajo] exhiben una singular preocupación por la producción local y la observabilidad cotidiana del razonamiento. Esto significa que el razonamiento se hace visible mediante ordenaciones de detalles explicables intersubjetivamente: en el orden de las expresiones orales de las diferentes partes de una conversación, en el orden de composición de los materiales manipulados en la mesa del laboratorio o en el orden transitivo de los materiales escritos en una página de texto. Los estudios etnometodológicos intentan elucidar estas estructuras por referencia a su uso como dominios mundanos de “consciencia”, como “estados” mnemónicos, temporales, de proyectos razonados y como cursos observables de movimiento corporal dirigido [*oriented*].”³³

Interpretada desde el punto de vista académico, esta postrer propuesta programática de los estudios etnometodológicos avanzaba una crítica radical de la literatura de investigación sociológica al uso sobre la organización

³⁰ E. Gellner, “Ethnomethodology: the re-enchantment industry or the California way of subjectivity”, *Philosophy of the Social Sciences*, 1975, 5, 431-450.

³¹ Vid. H. Garfinkel (ed.), *Ethnomethodological Studies of Work*, Londres, Routledge & Keegan Paul, 1986.

³² J. Heritage, “Etnometodología”, en A. Giddens y J. Turner (eds.), *La teoría social hoy*, Madrid, Alianza, 1990, 290-350, 340.

³³ M. Lynch, E. Livingston y H. Garfinkel, “El orden temporal en el trabajo de laboratorio” [1983], en J.M. Iranzo, R. Blanco, T. González de la Fé, C. Torres y A. Cotillo (coords), *Sociología de la ciencia y la tecnología*, Madrid, CSIC, 1995, 163-185, 164.

profesional del trabajo.³⁴ Lo que Garfinkel proponía ahora era, en resumidas cuentas, lo siguiente: rescatar del olvido sociológico los “qués olvidados” (*missing whats*) de la vida social, explorando la “que-idad” (*quiddity*) de cada práctica laboral singular, o más exactamente su cualidad de ser “justamente esto” -su “ecciedad” o “este-idad” (*haecceity*). En escritos publicados durante los últimos veinte años del siglo pasado, en los que ha ido exponiendo de una manera que cabe definir como “laberínticamente progresiva” las líneas maestras de su cada vez más exigente³⁵ programa investigador, Garfinkel ha

³⁴ El *corpus* bibliográfico de los estudios etnometodológicos sobre el trabajo incluye desde estudios de diferentes disciplinas de las ciencias naturales, como la física (cf. H. Garfinkel, M. Lynch y E. Livingston, “The Work of a Discovering Science Construed with Materials from the Optically Discovered Pulsar”, *Philosophy of the Social Sciences*, 1981, 11, 131-58), la neuroquímica (cf. M. Lynch, *Art and Artifact in Laboratory Science. A Study of Shop Work and Shop Talk in a Research Laboratory*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1987) o las matemáticas (cf. E. Livingston, *The Ethnomethodological Foundations of Mathematics*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1986), a estudios de la práctica de la enseñanza del derecho (cf. S. Burns, “Practicing Law: A study of Pedagogic Interchange in a Law School Classroom”, en M. Travers y J. Manzo (eds.), *Law in Action. Ethnomethodological and Conversation Analytic Approaches to Law*, Aldershot, UK, Ashgate-Dartmouth, 1997, 265-288), el diseño de nuevas tecnologías de la información (L. Suchman, *Plans and Situated Action. The Problem of Human-Machine Interaction*, Cambridge, UK, Cambridge University Press, 1987) o, cerrando el círculo, la propia sociología cuantitativa (D. W. Maynard y N. C. Schaeffer, “Toward a Sociology of Social Scientific Knowledge: Survey Research and Ethnomethodology’s Asymmetric Alternates”, *Social Studies of Science*, 2000, junio, 323-70). Véase H. Garfinkel, “Respecification: evidence for locally produced, naturally accountable phenomena of order*, logic, reason, meaning, method, etc. in and as of the essential haecceity of immortal ordinary society, (I) –an announcement of studies”, en G. Button (ed.), *Ethnomethodology and the Human Sciences*, Cambridge, UK, Cambridge University Press, 1991, 10-19, 15-16, para una nota bibliográfica sobre el contenido de algunos de elementos más representativos del *corpus* bibliográfico de los estudios etnometodológicos del trabajo.

³⁵ O más bien habría que decir cada vez más “suicida”. En un valiente ejercicio crítico de evaluación “interna” de los logros y los fracasos del programa de estudios etnometodológicos sobre el trabajo, uno de los discípulos más académicamente exitosos de Garfinkel, además de poner de manifiesto el carácter profundamente anti-fundacionalista y anti-sociológico del proyecto de los estudios híbridos, ha subrayado, con cierta amargura, una de las consecuencias más dramáticas que, para los propios implicados, ha solido tener el cumplimiento exitoso de un empeño investigador tan absolutamente desmesurado. “Es difícil decir si el proyecto de Garfinkel ha fracasado o ha triunfado. En su mayor parte, la cohorte de la “segunda generación” de estudiantes que realizó sus tesis doctorales bajo la supervisión de Garfinkel en las décadas de 1970 y 1980 desapareció de los departamentos de sociología y se dedicó a otras ocupaciones tanto dentro como fuera de la academia. Me es imposible decir si estos antiguos estudiantes hibridaron la etnometodología con las ocupaciones en las que acabaron

apuntado cual puede ser el ambicioso objetivo final que persigue su programa de estudios etnometodológicos del trabajo: convertir cada uno de los diferentes proyectos de investigación sociológica iniciados por la segunda y la tercera generación de sus alumnos de doctorado³⁶ en un abanico de “estudios híbridos del trabajo” (*hybrid studies of work*).

“Garfinkel ha sugerido la posibilidad de hibridar la etnometodología con otras disciplinas (matemáticas, ciencias naturales, estudios legales, etc.), con el fin de que el “producto” de la investigación no tome la forma de un reportaje sobre práctica exóticas, sino que consista en un esfuerzo para desarrollar disciplinas híbridas en las que los estudios etnometodológicos de, por ejemplo, el trabajo de los abogados, pueda contribuir a la investigación legal misma.”³⁷

Uno de los elementos más destacados en el marco programático de los estudios etnometodológicos del trabajo es la propuesta de un procedimiento exclusivo de validación para certificar el carácter “único y específicamente adecuado” de las cualificaciones investigadoras que precisa la correcta realización de estos estudios. El procedimiento en cuestión es tan sencillo en su formulación como difícil es su cumplimiento: se trata de una única prescripción teórico-metodológica que exige que estos procedimientos sean adecuados *única y exclusivamente* para investigar *este* objeto del que se trata y solamente *éste*. Garfinkel denomina a este procedimiento de validación

asentándose o si simplemente la abandonaron. En algunos casos, dejaron la sociología (y el estudio y la enseñanza académica de la etnometodología) no por voluntad propia sino por la búsqueda desesperada de un empleo. Garkinkel se hizo tristemente famoso por la forma en que inspiraba y animaba a sus estudiantes a perseverar en sus investigaciones, al tiempo que procuraba quitarles de la cabeza cualquier tipo de ambición convencional de hacer carrera en la sociología. Lo cual no siempre tuvo consecuencias felices para algunos de los estudiantes más brillantes y aplicados de Garfinkel. En mi propio caso, puedo asegurar que mis carencias a la hora de poner en práctica en toda su extensión el programa de investigaciones de Garfinkel me han permitido obtener empleo de forma continuada (aunque más bien frágil) en departamentos de sociología.” (M. Lynch, *Scientific Practice and Ordinary Action. Ethnomethodology and Social Studies of Science*, Nueva York, Cambridge University Press, 1993, 275, n. 28).

³⁶ Cabe mencionar entre ellos al matemático Eric Livingston; Stacy Burns, profesora en una facultad de derecho, Melinda Baccus, secretaria administrativa; David Weinstein, que se matriculó en un curso de formación para conductores de camiones (y suspendió); Albert (Brit) Robillard y Chris Pack que trabajaban en departamentos de pediatría, y George Girton, que siguió diversos programas de entrenamiento en el campo de las artes marciales (id., 274, n. 25).

“requisito de adecuación única de los métodos” (*unique adequacy requirements of methods*).

“[De acuerdo con Garfinkel] para ser capaz de recuperar una “ciencia distintiva de la acción práctica” en la “completitud de sus contenidos distintivos técnicos y materiales”, los etnometodólogos deberían situar sus investigaciones en los detalles identificadores de cada ciencia objeto de estudio. Sus descripciones y formulaciones analíticas necesitarían por ello apoyarse sobre aquellos detalles a la vez en tanto que temas y en tanto que recursos, y no existiría brecha, frontera o discontinuidad alguna entre un análisis adecuado en este sentido y el lenguaje y la maestría práctica de los miembros de la ciencia objeto de estudio. El etnometodólogo no “entraría” en la disciplina a estudiar para poder luego “volver” con un mapa cognitivo u otra representación de la cultura, puesto que ningún mapa estaría nunca lo suficientemente completo como para recobrar los detalles escénicos implicados en una lectura competente cualquiera de los rasgos semióticos del mapa. Por tanto, lejos de entregar la inmensa constelación de detalles de los que consta en la práctica un lugar de trabajo concreto, la única información singularmente adecuada que puede hacer llegar a la profesión sociológica sería una especie de disculpa al respecto “Lo siento, tendrías que haber estado allí.”³⁸

En contra de la práctica convencional de circunscribir los resultados de una investigación sociológica a la escritura de informes académicos sobre prácticas exóticas, en los campos de prácticas híbridos el uso de las técnicas de observación y descripción etnometodológica de las prácticas sociales en “alternancia asimétrica” (véase más abajo sobre ésta expresión) con las técnicas y rutinas de trabajo vernáculas de diferentes profesiones, tendría como fin llegar a hacer contribuciones relevantes al acervo metodológico-tecnológico de diferentes dominios autónomos de práctica profesional.

En una de las más recientes reformulaciones de su programa de investigación, Garfinkel ha definido la etnometodología como una estrategia de “re-especificación” de los problemas fundamentales de la teoría filosófica y sociológica del conocimiento (orden, racionalidad, lógica, método, significado, etc.) como “fenómenos sociales” o “prácticas de producción de orden” susceptibles de investigación empírica.³⁹ La *respecification* garfinkeliana no es otra cosa que una “inversión pragmática” del par metodológico clásico *objeto*

³⁷ Id., 274.

³⁸ Id., 276.

³⁹ H. Garfinkel, “Respecification”, op. cit.

investigado / recurso investigador (topic / resource) con la que se pretende señalar, por un lado, el hecho de que los discursos metodológicos *sobre* actividades de investigación científica son incapaces de *mostrar* el hecho absolutamente real de su propia eficacia. Y, en consecuencia con esto, que la realidad y la eficacia de la investigación científica sólo pueden *hacerse ver* cuando los métodos y las categorías de análisis de la realidad social son considerados simultáneamente como objetos empíricos susceptibles de ser *descubiertos* por el investigador únicamente desde el interior de su actividad y bajo la forma de procedimientos rutinarios, esto es, “comunes y corrientes”. Por definición, este tipo de investigación que, siguiendo a Garfinkel puede denominarse el *alternativo etnometodológico del análisis formal* ha de prescindir de *a priori*s analíticos y limitarse a describir detallada y razonadamente como se usan en contextos concretos métodos de investigación concretos.⁴⁰

En este sentido, y siempre según Garfinkel, la redacción de los informes de investigación etnometodológicos debe ser equivalente e intercambiable con la redacción de un “manual de instrucciones” que posea plena utilidad como “guía de trabajo” para personas de verdad en entornos laborales de verdad.

“La enseñanza etnometodológica útil para el estudio del trabajo y las ocupaciones... requiere un énfasis especial en las propiedades indexicales inevitables e inerradicables que debe poseer una descripción adecuada del trabajo, etc. Requiere también atender a la adecuación única de la competencia del analista/practicante como requisito para validar pragmáticamente la descripción de los métodos de trabajo. Esto implica mantenerse indiferente respecto al analista trascendental y prescindir del observador universal. Las “descripciones etnográficas” así realizadas dan cuenta de las “relevancias” específicas del lugar de trabajo, las cuales consisten en la coherencia en curso, ocupacionalmente específica, instruiblemente observable e instruiblemente reproducible de detalles fenoménicos ordenados de estructuras. El verdadero blanco del remedio experto es el hecho de la teorización representacional, al que sustituye por el fenómeno mismo como origen y fuente del problema.”⁴¹

Los conceptos de “parejas del mundo de la vida” (*lebenswelt pairs*) y “pares alternos asimétricos inconmensurables” (*incommensurate assymetric*

⁴⁰ M. Lynch y D. Bogen, “Methodological Appendix: Postanalytic Ethnomethodology”, en Lynch y Bogen, *The Spectacle of History. Speech, Text and Memory in the Iran-contra Hearings*, Durham, Duke University Press, 1996, 262-287.

⁴¹ Garfinkel, *Ethnomethodology's Program*, op. cit., 133.

alternates) son empleados por Garfinkel y sus estudiantes para dar cuenta de la diferencia que existe entre (1) elemento documentable o analíticamente recuperable de una práctica, que llamamos su “contenido” y que sólo agota las dimensiones formalizables o calculables de su descripción, y (2) el elemento formalmente irrecuperable de una práctica, que llamamos su “curso”, en cuya descripción se contienen tanto las dimensiones formales como las dimensiones tácitas o informales de la misma. Los dos elementos guardan entre sí una relación asimétrica por cuanto el contenido final de una práctica se haya siempre completa y perfectamente documentado en el curso de acción, pero ninguna descripción del resultado o producto final de una práctica nos permite conocer los detalles del trabajo que fue necesario para producirlo.

El ejemplo por excelencia aquí es el de la brecha que separa el acto de escritura que da origen a un documento y las propiedades formales, lingüísticas y semióticas del documento en cuestión. Stacy Burns, alumna y colaboradora de Garfinkel en el departamento de sociología de la Universidad de California en Los Ángeles, hizo una grabación de vídeo para mostrar en detalles la existencia de esta brecha.⁴² Burns grabó una cinta de vídeo en la que se ven las manos de una mecanógrafa posadas sobre el teclado de una máquina de escribir electrónica mientras se oye simultáneamente su voz ofreciendo un comentario de “lo que está haciendo” a medida que compone el texto. El vídeo muestra cómo el documento mecanografiado va desplegándose sobre una hoja de papel situada en el carro de la máquina mientras los dedos de la mecanógrafa golpean una secuencia de teclas, tachan, separan un párrafo o se detienen a medio camino entre dos letras mientras la mecanógrafa piensa en voz alta qué hacer a continuación. De este modo la cinta de vídeo muestra un “par” distintivo de documentos inteligibles: (1) una secuencia de vídeo que registra el desarrollo del proceso de mecanografiado, con sus dudas y comentarios, en “tiempo real”⁴³; y (2) una página mecanografiada que puede ser leída, copiada, y analizada de forma independiente, al margen de la secuencia en tiempo real de su mecanografiado. Los rasgos analíticos del texto

⁴² Lynch, *Scientific Practice and Ordinary Action*, op. cit., 289-90.

⁴³ Más exactamente: lo plasma en un “espacio muestral” cuya estructura paramétrica más o menos fina está determinada por los detalles del diseño de ingeniería de la maquinaria de captación utilizada.

no documentan las específicas “dudas”, “interrupciones” y “segundas opciones” que la cinta de vídeo hace manifiestas. Ambos documentos están por tanto en una relación de *alternación asimétrica*: un documento (la secuencia de vídeo) permite recuperar el otro (la página de texto), pero lo contrario no es posible: el campo de análisis que nos ofrece el texto escrito no conserva ya rastro alguno del surplus de detalles del mecanografiado.

El descubrimiento etnometodológico de los “pares alternos asimétricos inconmensurables” como estructura fundamental de la acción práctica le permite también dar praxeologicamente cuenta del modo específicamente *asimétrico* como coexisten temporal y profesionalmente la sociología y la etnometodología. El argumento, intrincado aunque perfectamente inteligible, es más o menos como sigue⁴⁴: dada una descripción formal cualquiera de una estructura social cualquiera (eg. “el diagrama de flujo de un embotellamiento de tráfico”), como parte constituyente del corpus bibliográfico de los estudios sociológicos, es completamente posible producir un elemento “mellizo” dentro del corpus bibliográfico de los estudios etnometodológicos, esto es, un *alterno etnometodológico* que consista en lo siguiente: una descripción procedimental finamente detallada de una acción ordinaria (“conducir dentro de un atasco”) que pueda servir muy literalmente a una persona concreta inmersa en un contexto concreto de trabajo cotidiano (eg. el conductor de un coche que está metido en un atasco) de manual de instrucciones para llevar a cabo esa precisa actividad (“conducir dentro de un atasco”) en el interior de cuyo cumplimiento en tiempo vivido, real, todos y cada uno de los detalles singulares de la estructura social formal inicialmente considerada (el diagrama de flujo de un embotellamiento de tráfico) son *plenamente recuperables* como “subproductos representacionales” del razonamiento y la acción práctica. Sin embargo lo inverso no es cierto: el descubrimiento etnometodológico de los detalles constituyentes de los procedimientos de acción ordinaria (*details in structures*) no pueden ser recuperados como parte de la investigación sociológica sobre los detalles de las estructuras sociales (*details of structures*).

⁴⁴ Véase H. Garfinkel y L. Wieder, “Two Incommensurable, Asymmetrically Alternate Technologies of Social Analysis”, en G. Watson y R.M. Seiler (eds.), *Text in Context: Contributions to Ethnomethodology*, Newbury Park, CA, Sage, 1992, 175-206; H. Garfinkel, “Ethnomethodology’s Program”, *Social Psychology*, 1996, 59, 5-21.

4. Orden social *in vivo* e *in situ*

Allí dónde la contextura situacional implica una “fuerte historia local” -por ejemplo, mis clases para alumnos de licenciatura, no sólo a lo largo de cada lección individual, sino a lo largo de todo un curso, se desarrollan de modo tal que la queja =(¿Por dónde nos andamos?)= adquiere de modo peculiar y aun de forma esencial el estatuto de constituyente “omnirrelevante” de la lección.⁴⁵

El programa de la etnometodología, tal como lo ha expuesto Garfinkel en su obra *Ethnomethodology's Program. Working Out Durkheim's Aphorism* (2002), se erige sobre el *praxioma* (o *existencioma*) de que en la vida ordinaria no hay espacio para “tiempos muertos” (*there's no time out*). Esto es, no hay espacio teórico en el mundo para remediar lo que de irremediablemente contingente tiene la praxis real.⁴⁶ Pero por otro lado Garfinkel sostiene también que una de las tareas centrales del programa etnometodológico se orienta “a la reforma de la razón técnica”.⁴⁷ Interpretada al pie de la letra y sacada fuera de su contexto subsiguiente esta afirmación parece chocar de frente, por ejemplo, con la conclusión que el autor de un fascinante estudio etnometodológico híbrido del trabajo de diseñar y escribir programas de ordenador para simular operaciones de cómputo ordinarias⁴⁸ extrae como corolario de su trabajo de hibridación de la informática y la etnometodología: “el verdadero objeto de la etnometodología son los métodos, punto, y no la reforma de las prácticas

⁴⁵ Harold Garfinkel, *Ethnomethodology's Program. Working Out Durkheim's Aphorism*, Lanham (Maryland) Rowman & Littlefield, 2002, 244.

⁴⁶ “Todo intento de escapar [a servidumbres laborales inevitables y por tanto carentes de remedio o alternativa] emplea justamente esas mismas condiciones y prácticas a las que busca remedio para demostrar que ha encontrado un remedio.” (Garfinkel, *Ethnomethodology's Program*, op. cit., 101, n. 17.) O también: “Todo intento de remediar o evitar la *ecceidad* [*haecceity*] de toda cosa que la *ecceidad* modifica... preserva, en las prácticas materiales con las que la demostración garantiza que la cosa ha sido evitada o remediada, la misma cosa que causaba el problema.” (id., 153, n. 14.)

⁴⁷ Id., 93., cursiva mía.

⁴⁸ P. Agré, *Computation and Human Experience*, Nueva York, Cambridge University

profesionales.”⁴⁹ Pero no hay en realidad contradicción alguna, pues el uso distintivo del sustantivo “reforma” en la formulación anterior de Garfinkel se explica en la continuación de la misma frase de este modo: “haciéndolo así [la reforma de la razón técnica] con el objeto principal de especificar el trabajo de las ciencias sociales y de las ciencias naturales como ciencias naturalmente explicables de la acción práctica y la razón práctica (*naturally accountable sciences of practical action and practical reason*).”⁵⁰ Esta última distinción, fundamental en el programa etnometodológico de Garfinkel, entre prácticas “clásicamente explicables” (*classically accountable*) y “naturalmente explicables” (*naturally accountable*), es objeto a su vez de una relevante explicación aclarativa por parte de la editora de la obra “pre-póstuma” de Garfinkel, la profesora de teoría sociológica Anne W. Rawls, según la cual

“los miembros implicados en la producción de órdenes sociales han de rendir cuentas en todo momento por lo que hacen y por como lo hacen. Pero existen diferentes niveles de rendición de cuentas o explicabilidad: la explicabilidad ante la cohorte poblacional presente en la escena en la que uno hace algo; y la explicabilidad ante la cohorte poblacional a la que uno entrega una descripción de lo que ha sido hecho. El análisis formal se ocupa solamente de la segunda, a la que Garfinkel llama “explicabilidad clásica”, mientras que la etnometodología se ocupa también de la primera. Si bien la atención de la etnometodología al segundo tipo de explicabilidad es también distintivamente diferente, por cuanto no reconoce la legitimidad que los métodos formales confieren a las descripciones.”⁵¹

Los fenómenos, estrictamente definibles como de orden *parapráctico*, descubiertos por la etnometodología carecen de privilegio ontológico o epistemológico alguno: no existen sino como una subprovincia más del reino de la vida, a cuyas banales, humillantes servidumbres (“Alcázame eso que yo no llego”) se someten plenamente.

Press, 1997.

⁴⁹ P. Agré, “Hazards of Design: Ethnomethodology and the Ritual Order of Computing”, ponencia presentada en la Conferencia Anual de la Asociación Americana de Sociología, Sesión sobre Etnometodología: estudios híbridos sobre el trabajo, San Francisco, agosto 1998, 23, cursiva mía.

⁵⁰ Garfinkel, *Ethnomethodology's Program*, op. cit., 93.

⁵¹ Rawls, Editor's note, en Garfinkel, *Ethnomethodology's Program*, op. cit., 173, n. 2.

Si consideramos el prefijo griego *pará-*, que, según el diccionario de uso del español de María Moliner, “expresa a la vez las ideas de ajeno o exterior y próximo”, sus formas compuestas, como *paradoja* (de *pará* y *doxa*, opinión) o *paranoia* (de *pará* y *nus*, mente), refieren la “extrañeza” y el “absurdo” que pueden llegar a adoptar formas familiares como las opiniones o los pensamientos. El término “parapraxis” se refiere, entonces, a una tarea realizada, como si dijéramos, “por su borde exterior”: la labor es correcta, efectiva, bien hecha, etc. y a la vez “realmente extraña”, pues a quienes la llevan a cabo de ordinario les parece completamente “ridículo” y “absurdo” (*preposterous*) que alguien se halla “tomado la molestia” de llevarla a cabo con el único fin de demostrar que existe *en esa forma* de llevarla a cabo.

Un ejemplo específico y específicamente banal de fenómeno paraprático descubierto por los estudios etnometodológicos del trabajo científico consiste en la existencia públicamente atestiguable, es más, “instruiblemente observable e instruiblemente reproducible” de lo que en la jerga de esta comunidad de práctica investigadora se conocen como *pares del mundo de la vida* (*Lebenswelt pairs*). Se trata de parejas de prácticas *alternas*, indisociables a la vez que *asimétricamente inconmensurables* entre sí, como por ejemplo: (1) la prueba escrita de un teorema matemático y (2) el trabajo situado y en tiempo real de “escribir la prueba con tiza y pizarra⁵²”; o bien: (1) la secuencia de frases escritas que van apareciendo sucesivamente en el panel de diálogo de una fotocopidora y que describen cómo hacer para hacer “fotocopias a doble cara” y (2) el trabajo corporal *in vivo* e *in situ* de leer entre líneas lo escrito en el cuadro de diálogo y convertirlo en “instrucciones a seguir” para hacer las copias correctamente a doble cara⁵³; o bien: (1) la grabación en audio y video del trabajo de dar palmas acompasadas al ritmo estándar de un metrónomo y (2) el trabajo real *in vivo* e *in situ* de “darse el tiempo necesario” (*making the time we need*) para acompasar las palmas al tiempo en el que han de tener lugar, esto es, el tiempo que el metrónomo está marcando (*is*

⁵² Cf. E. Livingston, *The Ethnomethodological Foundations of Mathematics*, op. cit.

⁵³ Cf. L. Suchman, *Plans and Situated Action*, op. cit.

marking).⁵⁴

Las prácticas *alternas* que han sido descubiertas por los estudios etnometodológicos sobre el trabajo no son en modo alguno “propuestas teóricas” ni descripciones de *otras realidades posibles*, sino realidades atestiguables en sí mismas: cosas sociales únicamente experimentables como “cosas ordinarias”, por tanto, para hablar como Garfinkel, pública y rutinariamente observables, escuchables, palpables, que se pueden oler, degustar, presentir, etc. como cosas absurdamente banales, ridículamente evidentes, por tanto necesariamente “pasadas por alto” y aun exigiblemente “pasables por alto”, absolutamente “no interesantes” y a la vez, para cualquiera en cualquier momento específico en cualquier situación específica, absolutamente indispensables y específicamente ineludibles.

La etiqueta de “Sociología heideggeriana” ofrece una definición taquigráfica del proyecto de la etnometodología que considero muy propia, cuando menos como pie expositivo dentro de un contexto académico.

“¿Cómo se olvidó el ser, de dónde vino este olvido, dónde y con qué medios podrá el hombre recuperar la memoria? Estas tres preguntas, que son una sola, van a obsesionar a Heidegger y a dirigir su enseñanza y sus posiciones filosófico-políticas desde fines de los años veinte hasta su muerte.”⁵⁵

Garfinkel ha reformulado -y creo que en parte respondido tentativamente a- las tres preguntas fundamentales de Heidegger⁵⁶ en la forma del siguiente

⁵⁴ Cf. Garfinkel, *Ethnomethodology's Program*, op. cit., 150-153.

⁵⁵ G. Steiner, *Heidegger*, op. cit., 101.

⁵⁶ “¿Qué tuvo que suceder para que el más importante, fundamental y determinante de los conceptos, el concepto de ser, se deteriorara tan gravemente? ¿Qué “olvido del ser” ha reducido nuestra percepción del ser a un pedazo inerte de sintaxis, o sea, a un puro vapor? La completa “destrucción de la metafísica” que emprende Heidegger, su crítica de Platón, Aristóteles, Leibniz, Kant, Hegel y Nietzsche, es un intento de contestar esta pregunta. Para Heidegger, la historia de la civilización occidental, vista desde las dos perspectivas dominantes y decisivas, la de la metafísica a partir de Platón y la de la ciencia y la tecnología a partir de Aristóteles y Descartes, es, nada menos ni nada más, que la historia de cómo fue olvidado el ser. El siglo XX es el producto culminante, aunque perfectamente lógico de esta amnesia. Esta situación es el objeto de la segunda pregunta de Heidegger: ¿Exactamente de qué manera psicológica y material la condición del hombre moderno occidental, y en especial el hombre urbano, representa, actúa, un olvido del ser? ¿Qué tipo de vida llevamos en un ámbito de realidad donde ha desaparecido por completo la conciencia esencial y la reflexión del enigma de la

descubrimiento etnometodológico:

“*Puede ser que en los detalles especificados de las dos tecnologías inconmensurables de análisis que los estudios etnometodológicos han revelado, los etnometodólogos hayan caído en la cuenta de una cosa organizacional en y en tanto que la sociedad ordinaria, y con ella un vasto dominio de nuevos fenómenos organizacionales, a saber, el diseño, disponibilidad, gestión y presencia en el lugar de trabajo de métodos analíticos cualificados y cuidadosos -los estudios clásicos- que consisten en los detalles organizacionales de la sociedad ordinaria, y proporcionan a sus miembros justificaciones razonadas para descartar como falto de interés e irrelevante el trabajo vivido, concertado, inevitablemente encarnado, continuamente logrado en detalles de contenido específico que realizan realizar [that make up making] las cosas organizacionales más ordinarias del mundo. Estos fenómenos organizacionales, los más ordinariamente logrados del mundo, son cualesquiera posibles temas de lógica, significado, razón, método y orden. Todos ellos pueden ser hallados de nuevo y reespecificados como fenómenos de lógica razón, significado, método, etc. endógenamente facturados [endogenously made] y naturalmente explicables [naturally accountable].”⁵⁷*

Para introducir uno de los tópicos fundamentales que examina la obra del filósofo alemán Martin Heidegger (1889-1976), uno de sus más perspicaces hermeneutas, el filólogo, ensayista y crítico literario, George Steiner, tras citar la observación del propio Heidegger de que a la gran mayoría de los seres humanos, la pregunta por el ser se les presenta “en momentos de gran desesperación, cuando las cosas parecen perder toda su consistencia y se nubla su sentido”, examina el modo distintivo de ejemplificar que emplea Heidegger para hacer palpable el problema de la presencia del ser como un problema sensible, no analítico.

“En efecto, los sentidos son esenciales para entender esta “presencia del ser”, para

existenciariedad, del “estado de presente” de los entes? El intento de dar una respuesta cabal inspirará a Heidegger numerosas discusiones sobre las actuales crisis de enajenación y de deshumanización, sobre el fenómeno omnipresente que él llama “nihilismo”. [...] Su tercera pregunta se desprende con naturalidad de todo lo anterior. ¿La entidad se le ha escapado irremisiblemente de las manos al ser humano o existen procesos y encarnaciones de experiencia donde el sentido original de la esencia permanezca vital, y por lo tanto, recuperable? ¿Queda algo sobre lo cual el hombre de finales del siglo XX pueda construir si decidiera intentar un regreso a “la casa del ser”? De esta tercera pregunta surgirán los textos de Heidegger sobre los presocráticos (con quienes debe empezara cualquier “regreso”), sobre poesía, sobre las bellas artes y sobre arquitectura.” (id., 99-101).

⁵⁷ Garfinkel, *Ethnomethodology's Program*, op. cit., 168.

nuestra aprehensión de un es en ciertas cosas que no puede aislar ninguna disección analítica o relación verbal. Los ejemplos de Heidegger son a un tiempo banales y relevantes. “Oímos” volar a un pájaro aunque estrictamente hablando el vuelo no sea “audible”; nuestro tacto distingue de inmediato entre el terciopelo y la seda, pero “en qué reside y en qué consiste el ser?”⁵⁸

Comparese este modo de ejemplificar con la introducción que hace Garfinkel al tema etnometodológico de los “haceres sonoros” (*sounded doings*) en su exposición de una serie de ejercicios de entrenamiento sociológico (*tutorial problems*) que tienen como motivo el problema de los “teléfonos llamadores” (*summoning phones*), esto es, los diversos procedimientos metódicos (como la grabación audiográfica y la diagramación sobre papel) que empleamos *para plasmar* (*to render*) analíticamente las texturas sonoras francamente distintivas que somos capaces de discernir en el pitido emitido por un aparato telefónico cuando sabemos que la llamada “es para mi”, “es para ti”, etc.⁵⁹

Más aun: en una variación heideggeriana altamente pertinente aquí, Steiner introduce en su exposición del tema heideggeriano del olvido del ser el ejemplo “que, por desgracia, Heidegger casi nunca considera” de la experiencia musical (“La música proporciona a la mayoría de los seres humanos los momentos vivenciales más completos y más intensos que se puedan experimentar.”)⁶⁰ La descripción pormenorizada del infinito abismo de detalles experienciales en que consiste la producción local endógena, esto es, la experiencia in vivo de “hacer” sonidos musicales coherentes, es presentada por Steiner en su más absolutamente radical originalidad pragmatogénica: “Si un imaginario habitante de otro planeta preguntara: “¿Qué es, entonces, la música?” Nosotros podríamos cantar una melodía o tocar con las cuerdas una pieza, y diríamos sin titubeo: “Esto es la música.” Y si después preguntara: “¿Qué significa”, la respuesta la tendríamos ahí, en forma contundente, dentro de nosotros, pero sería en vano que tratáramos de expresarla. Cuando a Schumann le hicieron esta pregunta, a propósito de una de sus obras, la tocó

⁵⁸ Steiner, *Heidegger*, op. cit., 104-105.

⁵⁹ Garfinkel, *Ethnomethodology's Program*, op. cit., 153-162.

⁶⁰ Steiner, *Heidegger*, op. cit., 105 y ss.

de nuevo.”⁶¹ Pero ha sido el sociólogo David Sudnow, a la sazón alumno de Garfinkel, quien, en su prolija descripción de “los caminos” que va “tomando” y finalmente “encontrando” la mano del aprendiz de pianista durante el aprendizaje de la improvisación de melodías y piezas de jazz⁶², ha llevado esta empresa distintivamente heideggeriana a su cima más alta, haciendo evidente al lector de su texto la existencia bien real y distinta del fenómeno de la “temporalidad vivida” que Alfred Schutz, el gran pionero de la sociología fenomenológica, ya le había ofrecido “imaginar”.⁶³ De este modo, allí donde Schutz pide al lector “imaginar”

“que el movimiento lento y el movimiento rápido de una sinfonía llenan cada uno un disco de doce pulgadas. Vemos en nuestro reloj que la ejecución de cualquiera de estos discos lleva unos tres minutos y medio. Es posible que esta circunstancia interese al programador de una estación de radio, pero no significa nada para el espectador. Para este, no es cierto que el tiempo vivido mientras escuchaba el movimiento lento haya sido de “igual longitud” que el que dedicó al rápido.”⁶⁴

Sudnow cuenta lo que le ha sucedido *ahora* al intentar interpretar al piano “una simple secuencia de no más de tres segundos de una improvisación de jazz que yo había estado escuchando durante años”:

“me pasé *varias horas* ocupado tratando infructuosamente de pillar cada uno de sus detalles para cantar los tonos uno por uno y pasar luego la secuencia cantada al teclado.”⁶⁵

⁶¹ Id., 197.

⁶² Véase D. Sudnow, *Ways of the Hand. A Rewritten Account*, Cambridge, MA, Cambridge University Press, 2001.

⁶³ “A pesar del programa de Husserl sobre la *Crisis* para descubrir la primordialidad del *Lebenswelt*, Husserl retiene, sin embargo, la perspectiva trascendental como una condición para su filosofar. Heidegger y Merleau-Ponty, cada uno de una forma distinta, abandonan la filosofía trascendental de Husserl. Heidegger desarrolla una ontología del “Dasein” -del Ser-en-el-mundo-, mientras que Merleau-Ponty tematiza el cuerpo como el trabajo vivido irreductiblemente “en-y-como el Mundo”. Ningún escritor, sin embargo, emprende investigaciones que comiencen con y examinen empíricamente los marcos recurrentes de la actividad real vivida. Es la experiencia imaginada y recogida, más bien, la que carga con la ejemplificación de los proyectos del teorizar genérico.” (Lynch, Livingston y Garfinkel, “El orden temporal del trabajo de laboratorio”, op. cit., 184, n. 10).

⁶⁴ A. Schutz, “La ejecución musical conjunta”, op. cit., 163.

⁶⁵ Sudnow, *Ways of the Hand*, op. cit., 19, cursivas mías.

En fin, si tomamos como plausibles la hipótesis de que el descubrimiento heideggeriano-etnometodológico del enigma de la inconmensurabilidad radical entre las formas analítico-formales de la existencia y la producción *in vivo e in situ* de la experiencia del mundo tiene un ancestro absolutamente distintivo en el pensamiento griego presocrático⁶⁶, entonces tanto a la obra filosófica de Heidegger como a la obra sociológica de Garfinkel, *pero sobre todo a ésta segunda*, les sería, creo, aplicable “la instrucción al lector” con la que el filólogo Agustín García Calvo cierra los prolegómenos de su traducción castellana de los fragmentos recuperados del libro perdido de Heráclito.

“Pues de eso es de lo que se trata: de leer por las buenas los restos de ese libro como si no se hubiera escrito hace 2.500 años, en la época de Heráclito de Efeso y sus circunstancias sociales, sino que estuviera escribiéndose ahora mismo para ti, lector, según lo vas leyendo, y hablándote de las cuestiones eternas, que son las más actuales siempre y, cuanto más comunes, más de veras tuyas. Que bien pueden así confundirse actualidad con eternidad, pues, para la operación de la razón común, 2.500 años no son nada, y como ella misma oírás que dice, el Tiempo es un niño.”⁶⁷

Pero si bien queda clara la notable influencia ejercida por la lectura de los ejercicios de anti-ontología “fenomenológica” y “existencialista” de filósofos como Husserl, Heidegger o Merleau Ponty, no es menos cierto que las habituales diferencias que percibe el lector entre el trabajo del filósofo -vgr. las “cosas” que escribe- y el trabajo del sociólogo -que consiste igualmente en escribir “cosas”- son, para el caso de los sociólogos “influenciados” por este

⁶⁶ Garfinkel, citando una observación de su colega Egon Bittner, afirma que “después de los griegos estos maravillosos temas [de lógica, razón, significado, método y orden] fueron a la universidad y volvieron educados. Sin embargo todos ellos pueden ser hallados de nuevo y reespecificados como avatares de las cosas más ordinarias del mundo.” (*Ethnomethodology's Program*, op. cit., 168). Por su parte, en su introducción al pensamiento de Heidegger, Steiner proporciona unas coordenadas histórico-culturales más precisas para dotar de contenido al localizador informal (“después de los griegos”) utilizado por Bittner: “Sócrates y Platón fueron los primeros en dar “el paso hacia la filosofía.” Esto quiere decir que fueron ellos los primeros en postular el problema de la existencia en una forma analítico-racional. A ellos les pertenece esa hazaña, dice Heidegger; pero también (y en esto sigue una paradoja de Nietzsche) les corresponde ser un síntoma de decadencia. Anaximandro, Heráclito y Parménides, anteriores a ellos, no necesitaron ser “filósofos”. Eran “pensadores (*Denker*) hombres *inmersos* en el radical asombro (*thaumazein*) de ser.” (Steiner, *Heidegger*, op. cit., 85).

⁶⁷ A. García Calvo, *Razón común. Edición crítica, ordenación, traducción y comentario*

tipo de filosofía, más aparentes que nunca.

“En *Recurrent Themes in the Study of Naturally Organised Ordinary Activities (NOOA)* [*Temas recurrentes en el estudio de actividades ordinarias organizadas de modo natural*] describo el uso de *cosas organizacionales* [*organizational things*]. Se trata de cosas heideggerianas. Aunque su uso se origina en los trabajos de Durkheim sobre los fundamentos materiales de la acción, no en los métodos de la filosofía fenomenológica. Bajo este supuesto los hechos sociales son reemplazados por facticidades sociales. Sea una facticidad, por ejemplo (*Tarde* [*Late*]). Se contemplarían las propiedades de facticidad (de *Tarde*) como apariencias localmente producidas [eg. “Llegas tarde”]”⁶⁸

Al margen de que se haga una referencia, más o menos herética desde un punto de vista filosófico, al “pensamiento” de Durkheim a la misma “altura” que al de Heidegger, la “rareza”, desde el punto de vista no tanto estilístico como de “empiría literaria”, del fragmento anterior tiene que ver más bien con el hecho de hacer evidente al lector académico la cualidad diferencial fundamental de este trabajo, a saber encontrar el nombre propio de la “cosa” en cuestión y ponérselo.

“Nuestra atención sobre la encarnación irreductible de las actividades que exhiben el “razonamiento” mundano tiene un origen programático en los escritos de Merleau-Ponty (1962, 1968) y Heidegger (1962, 1967). Estamos fuertemente en deuda con las discusiones daimónicas de Merleau-Ponty sobre el “entrelazamiento” (1968) y con las magistrales exposiciones de Heidegger sobre la cuestión de “La Cosa” (1967). Ha quedado para los estudios etnometodológicos el empleo de la incipiente tematicidad de esas expresiones para descubrir e inventar el fenómeno localmente producido de orden en y en tanto que la sociedad ordinaria y mediante la identificación de las características de las actividades situadas empíricamente. Esta tarea ha sido algo más que un simple asunto de “aplicar la teoría a los hechos”, en tanto que ha exigido abandonar la tradición del filosofar, que dio a Heidegger y Merleau-Ponty un continuo punto de partida y de retorno, en una búsqueda de las variedades atestiguables de acciones prácticas que animan los temas del orden como logros no-literarios.”⁶⁹

La dialéctica del instante y la eternidad como objeto singular de la investigación

de los restos del libro de Heráclito, Madrid, Lucina, 1985, 28.

⁶⁸ Id., 239.

⁶⁹ Lynch, Livingston y Garfinkel, “El orden temporal en el trabajo de laboratorio”, op. cit., 193, n. 6

etnometodológica: tiempo de la explicación vs. tiempo del descubrimiento

El enigma, que en múltiples sentidos puede calificarse de “histórico”, de la *temporalidad característica* de las cosas sociales ha sido abordado de muy diferentes formas por las distintas disciplinas que componen el mapa de las ciencias sociales. La formalización matemática de series temporales de datos estadísticos de carácter económico y financiero ha sido una de las provincias investigadoras más productivas en este sentido.⁷⁰ Un tratamiento diferente, menos conocido aunque no menos fructífero, de este más fundamental de los *puzzle* científicos ha sido característico de los estudios etnometodológicos sobre la *ecceidad* del trabajo profesional.

Considerado desde el “interior” de una secuencia de actividad que se ha visto súbitamente abortada -eg. para los participantes de una conversación que se ve interrumpida de repente por el sonido del teléfono- puede afirmarse, al modo filosófico, que “el instante es una eternidad comprimida”. Pero para hacer sociológicamente interesante la hipótesis especulativa anterior sería erróneo afirmar, simplemente, que “los segundos son siglos comprimidos”. He aquí una primera muestra de lo que considero sería una planteamiento *sociológico* del tópico debate filosófico sobre temporalidad subjetiva o “duración” vs. temporalidad objetiva o “historia”.

“En una hora de navegación de rutina, un navegante moderno puede utilizar tecnologías que datan desde unos pocos años hasta muchos siglos... [Además,] como las tareas de la navegación las realizan juntas personas que poseen distintos niveles de competencia, gran parte del aprendizaje de la habilidad para navegar se produce durante la interacción. Este aspecto del desarrollo puede medirse en minutos.”⁷¹

Otro buen ejemplo del modo etnometodológico de abordar el problema de la temporalidad característica del orden social es el estudio de Harold Garfinkel y David Sudnow sobre el trabajo que lleva a cabo un profesor universitario que enseña química a los alumnos “en formato lección

⁷⁰ Véase por ejemplo B. Mandelbrot, “Fractals in Finance Stage III”, en Mandelbrot, *Fractals and Scaling in Finance*, Nueva York, Springer-Verlag, 1997, 39-49.

⁷¹ E. Hutchins, “El aprendizaje de la navegación”, en J. Lave y S. Chaiklin, *Estudiar la práctica*, Buenos Aires, Amorrortu, 2001, 49-77, 50.

magistral”⁷². Mientras asistían a una clase de química en la Universidad de California en Irvine, los etnometodólogos descubrieron un fenómeno característico y característicamente ordinario del trabajo de “dar clase a nivel universitario en formato lección magistral”: cómo responde el profesor a la pregunta “¿Por dónde nos andamos?” cuando ésta es formulada por un alumno de tal modo que interrumpe el transcurso normal de la exposición profesoral.

“Necesitamos documentar diferentes casos reales de la típica queja estudiantil =(¿Por dónde nos andamos?)= y examinarlos del modo más minucioso posible. =(¿Por dónde nos andamos?)= es una queja de que el profesor no le dice a la clase en qué punto de la lección de hoy se hallan. Luego la queja en cuestión es un elemento constituyente del conjunto =(La lección de hoy)= que consiste, en tanto contextura, en una “isla de orden en desarrollo”... A pesar incluso de la formalización del trabajo [de ordenamiento temporal] que operan los apuntes de los estudiantes, las varias relevancias que posee el elemento =(¿Por dónde nos andamos?)= son si cabe mucho más intensas que, por ejemplo, las del ‘estado presente de la partida’ para el caso de un juego de ajedrez doble ciego.”⁷³

El fenómeno de orden social consiste aquí en lo siguiente: al hacer referencia al contenido lectivo de este “instante presente” (“¿Por donde nos andamos?”) de la clase, se logra llamar, de golpe, la atención sobre el conjunto global de la lección, el tema, el curso, la carrera, etc. Esta técnica *natural* de “ruptura” o “problematización” del orden rutinario de la lección hace evidente a los presentes en el aula un hecho tan innegable como carente de interés (y en este sentido valdría decir “preconsciente” y no tanto “inconsciente”): el hecho de que la ausencia de referencias al momento presente es un fenómeno característico del “transcurso normal” de *una* clase.

Por su parte, Lynch, Livingston y Garfinkel, en su repaso de los estudios etnometodológicos sobre la organización temporal del trabajo de laboratorio, glosan algunos de los descubrimientos prácticos obtenidos por Friedrich Schrecker, un doctorando de la Universidad de Frankfurt que pasó el año académico 1979-80 de visita en UCLA, en un estudio específicamente diseñado para poner de manifiesto las minucias prácticas del trabajo en un laboratorio para estudiantes de química. El departamento de sociología de

⁷² H. Garfinkel, “A Study of the Work of Teaching Undergraduate Chemistry in Lecture Format”, en Garfinkel, *Ethnomethodology's Program*, op. cit., 219-244.

⁷³ Id., 243-44.

UCLA llegó a un acuerdo con el de química para que su doctorando trabajara como asistente de un estudiante parcialmente paralizado sirviéndole poco menos que de bracero para la realización de los ejercicios de laboratorio del curso de “análisis químico cuantitativo” en el que el segundo estaba matriculado. A cambio se permitió al sociólogo grabar en cinta de vídeo la realización de dos de las prácticas de laboratorio en las que asistió al estudiante de química discapacitado.

En su estudio sobre el material grabado, Schrecker destaca como fenómenos relevantes una serie, numerosa, de pequeños problemas con los que se iba topando a medida que avanzaba en su trabajo de materializar corporalmente las instrucciones paso-a-paso del manual de laboratorio tal como le eran comunicadas por el estudiante imposibilitado. Muchos de ellos eran problemas de carácter secuencial, esto es, el tipo de problemas que traduce la pregunta: “¿Qué hacer a continuación?” De hecho, allí donde el manual de laboratorio describía una “secuencia lineal de pasos discretos”, la obediencia *in vivo* e *in situ* de las instrucciones del manual “exigía” que varios de los pasos que teóricamente se organizaban según una secuencia temporal lineal habían de ser realizados, en la práctica, de forma “simultánea” o, más exactamente según una secuencia “retrospectivo-prospectiva”.⁷⁴ El hecho de “tener que hacer más de una cosa a la vez” obligaba a los aprendices de químico a inventar “ordenaciones que les permitieran interrumpir una secuencia coherente de pasos y cambiar a acciones de otra secuencia. Los estudiantes debían *descubrir por sí mismos* dónde eran practicables esas interrupciones en una secuencia y dónde los períodos de latencia proporcionaban “momentos” para las actividades alternativas.”⁷⁵ Otro de los interesantes fenómenos de organización temporal del trabajo de laboratorio descubierto por Schrecker en su trabajo como “lazarillo” del estudiante de química discapacitado, tenía que ver con la gama de respuestas *in vivo* a la cuestión programática de “cómo hacer para volver sobre nuestros pasos cuando hemos detectado que algo ha

⁷⁴ Sobre el método retrospectivo-prospectiva de secuenciación de las ocurrencias lingüísticas en las conversaciones ordinarias véase A.V. Cicourel, *Cognitive Sociology. Language and Meaning in Social Interaction*, Londres, Penguin, 1973, 54-55.

⁷⁵ Lynch, Livingston y Garfinkel, “El orden temporal en el trabajo de laboratorio”, *op. cit.*, 168, cursivas mías.

ido mal". Cada vez que era necesario resolver este problema los dos compañeros de laboratorio, como sostienen Lynch, Livingston y Garfinkel, se comportaban como "historiadores locales":

"Las potencialmente vastas cadenas de actividades previas de cualquier secuencia eran susceptibles de ser acusadas como posibles fuentes de error. Hacíanse preguntas como "¿estaban los aparatos de cristal lo bastante limpios como para prevenir reacciones indeseadas con los componentes químicos subsecuentemente introducidos en ellos?", "¿Añadir un "chorrito" de reactivo en lugar de una serie exactamente contada de gotas durante una secuencia previa de tritido tuvo algún efecto?" o "¿había alguna fuente oculta de error en medio de las acciones aparentemente adecuadas?"⁷⁶

Los informes de Schrecker ponen de manifiesto, entonces, que a diferencia de la "conjetura documentada" de Garfinkel y Sudnow sobre la temporalidad característica del trabajo de impartir clase en el aula (vgr. el carácter más o menos "terrorista" con el que son percibidos por el profesor los intentos llevados a cabo por los alumnos para tematizar el momento presente de la lección como objeto de la propia lección a través de la pregunta "¿Por dónde nos ándamos?"), en el ambiente del trabajo de laboratorio la temporalidad característica del trabajo de descubrimiento científico consiste en una forma harto *peculiar* de leer una lista de instrucciones: la instrucción se obedece siempre sobre la base de los resultados obtenidos tras su cumplimiento. Justamente al contrario de lo que es específico del trabajo docente, la tematización del momento presente "salta a la vista" a cada momento durante el trabajo de descubrimiento, aunque, de nuevo, como la cosa más ordinaria, banal e inapelable del mundo.

5. Conclusión: la etnometodología y el nuevo espíritu del capitalismo

Para aquellos sociólogos, estadounidenses y europeos sin distinción, que viven confortablemente en la creencia de que de la explosión de un supuesto paradigma "estructural-funcionalista" previamente dominante surgió

un hermoso y florido “archipiélago” de “ismos” sociológicos inconmensurables entre sí pero férreamente vinculados como parte de esa unidad de destino institucional en lo universal que sería “la sociología”, el nombre de Harold Garfinkel es, si conocido, lo cual es poco probable, sinónimo de “mesianismo descalabrado”: el primer, gran y casi único damnificado del fracaso sin paliativos de una pretendida “nueva ciencia social” de la que él se habría erigido en fundador y padrino absoluto y que fuera propuesta en su día como “alternativa radical” a la sociología “ortodoxa y oficial” en aquella larga y para muchos infausta primavera de la vida que fueran los años de “mediados de los 60”.

Pero resulta que el mundo, a diferencia de la imagen de sí dominante dentro de la profesión sociológica, ha cambiado mucho desde entonces, y el proyecto etnometodológico -como el propio Garfinkel- sigue, contra todo pronóstico vivito y coleando.⁷⁷ Lo cual no quiere decir, ni mucho menos, que el carácter de su *alma mater* se halla hecho menos arisco con los años, ni tampoco que se halla hecho más *cantabile* su “ominosa” versión de la práctica sociológica. De hecho, en el segundo caso, más bien ha sucedido lo contrario: a la vista de sus formulaciones más recientes -aparecidas de manera infrecuente y harto dispersa en cuanto a sus medios de publicación- durante las décadas de los 80 y los 90 y presentadas de un modo más insistente ya que no menos astroso en el libro *Ethnomethodology's Program. Working Out Durkheim's Aphorism*, publicado en la primavera de 2002- puede decirse que el “programa de la etnometodología” que Garfinkel define ahora como un intento de recuperar “la sociedad ordinaria inmortal de Durkheim” como conjunto de hechos sociales reales, ha ganado a la vez en *radicalismo* (visto desde el punto de vista de la teoría social)⁷⁸ y en *banalidad*, cuando se lo considera no como

⁷⁶ Id., 173-174.

⁷⁷ Garfinkel, nacido en Newark, Nueva Jersey, 1917 y residente en Los Ángeles, California desde la década de 1950, cumplió 85 años el 29 de octubre de 2002. Para un argumento teórico sobre la vigencia y aun la extrema relevancia del programa etnometodológico de aprendizaje y enseñanza de las extrañas maravillas de la sociedad ordinaria inmortal de Durkheim entendido como parte y parcela de la actual situación académica y profesional de la sociología internacional, vid. las pp. 48 y ss. de la introducción editorial de Anne Warfield Rawls en H. Garfinkel, *Ethnomethodology's Program*, op. cit.

⁷⁸ “Si el programa de [estudios híbridos del trabajo] hubiera germinado dentro de la

una “disciplina” de “investigación social empírica” -*que no es en ningún caso*- sino como lo que realmente es: una empresa estricta y ridículamente “práctica”, algo así como un *curro en sí y para sí* que, dependiendo del espíritu empresarial imperante en cada momento y lugar, puede o no llegar a ser factible en el mundo real. Aunque, por lo que dicen los propios sociólogos que se ocupan de estas cosas⁷⁹, este inicio del siglo XXI, no es, ni con mucho, el peor momento para atreverse a vivir de este “cuento”.⁸⁰

La profesora Lucy Suchman, una de los principales responsables del reciente revival, en la sociología y la antropología estadounidense y europea, del aparentemente superado y olvidado cisma etnometodológico de los años 60, ha conjeturado que la inesperada atención mediática que recibieron en EE.UU., a mediados de la década de 1990⁸¹, una serie de oscuros proyectos

academia sociológica, su principal consecuencia habría sido la dispersión del “hogar” de la disciplina a lo largo de innumerables campos híbridos... Dado que la variante etnometodológica propugnada por Garfinkel renuncia a especificar un núcleo de métodos y conceptos teóricos, el efecto final habría consistido en la disolución de toda apariencia externa de fundamentación para las ciencias sociales académicas... Un programa tal no puede establecer una “base natural de observación” para una ciencia de las ocupaciones porque esa “base” quedaría disuelta en una auténtica ecología de conspiraciones locales que organiza y distribuye el trabajo de las varias disciplinas objeto de estudio. A menos que la etnometodología quisiera establecerse como una especie de disciplina maestra -una disciplina de todas las disciplinas- el requisito de adecuación único de los métodos, impuesto por Garfinkel, no sería otra cosa que un pretexto para un viaje sin retorno a las afueras de la sociología.” (M. Lynch, *Scientific Practice and Ordinary Action*, op. cit., 274-275).

⁷⁹ Véase L. Boltanski y E. Chiapello, *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal, 2002

⁸⁰ En efecto, a lo largo de la década de 1990 algunos conspicuos elementos del vasto corpus bibliográfico de los estudios etnometodológicos que han tratado de evidenciar el carácter irremediable, inexcusable y radicalmente ordinario y carente de interés de los fenómenos concretos de orden social, han sido re-empaquetados por los profesionales de la investigación comercial y la planificación publicitaria bajo la etiqueta de “fundamentos científicos” de la “eficacia tecnológica” de la extensa panoplia de técnicas de “marketing virtual”, “ambientación de espacios de compra” y “consumo experiencial” empleadas por los nuevos líderes del mercado global de marcas comerciales, empresas como Nike, Amazon.com, The Body Shop, Starbucks, Sega, Ikea, Disney, Calvin Klein, etc. Véase D. Ruskoff, *Coerción. Por qué hacemos casos a lo que nos dicen*, Barcelona, La Liebre de Marzo, 2001.

⁸¹ Habrían de pasar aun unos cuantos años hasta que, a comienzos de la década del 2000, aparezcan en España los primeros reportajes periodísticos sobre esta “nueva ola” de proyectos de colaboración entre la academia de las ciencias sociales y las multinacionales de las nuevas tecnologías de la información. Véase por ejemplo J.C. Ambrojo, “Las empresas de tecnología buscan en la antropología las claves para vender

académicos de descripción etnográfica fina del trabajo de diseño industrial⁸², podría interpretarse como otro de los síntomas estratégicos de la astuta transmutación histórica llevada a cabo por la cultura materialista, cuyo síndrome más general (el “Capitalismo Artista”) ha sido diagnosticado recientemente por los sociólogos franceses Luc Boltanski y Eve Chiapello.

“Al aparecer como figura protagonista en varios de estos reportajes periodísticos [sobre los antropólogos que trabajan para las empresas de alta tecnología] me quedé algo asustada al conocer detalles de las circunstancias específicas, aparentemente peculiares a través de las cuales yo y un pequeño número de colegas acabamos inmersos, durante los pasados veinte años, en una variedad de proyectos empresariales. El hecho de que estos reportajes periodísticos comenzaran a aparecer en la década de los 90, podría indicar que, por muy personales e idiosincráticos que puedan ser sus detalles, nuestras historias peculiares son también parte de una serie de tendencias más generales, cambios en las retóricas y en las prácticas de las corporaciones multinacionales a finales del siglo veinte.”⁸³

más”, Ciberp@is, 9 de enero de 2003, 1 y 7.

⁸² Muy especialmente el programa de investigaciones del Centro Xerox PARC de Palo Alto, en California, fundado y dirigido por la propia Suchman, sobre la interpenetración de modelos computacionales y modelos interaccionales de análisis en el diseño ingeniero de sistemas de procesamiento de información. Tras el fin de su ciclo californiano, Suchman, neoyorkina de origen, se trasladó a finales de los años 90 a Gran Bretaña, a la Universidad de Lancaster, donde continua desarrollando su programa de investigaciones sobre las prácticas sociales y laborales implicadas en el diseño y el uso de las nuevas tecnologías de la información.

⁸³ L. Suchman, “Anthropology as ‘Brand’: Reflections on corporate Anthropology”, publicado por el Department of Sociology, Lancaster University, en <http://www.comp.lancs.ac.uk/sociology/soc058ls.html>, 3).